



Buscamos refugio

Nuestra guerra son las maras

Patricia Simón

CEA(R)

Comisión Española
de Ayuda al Refugiado

La Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) es una organización sin ánimo de lucro fundada en 1979, de acción voluntaria, humanitaria, independiente y plural. Nuestro objetivo es el de trabajar junto a la ciudadanía por la defensa del derecho de asilo. Nuestra misión: defender y promover los derechos humanos y el desarrollo integral de las personas solicitantes de asilo, refugiadas, apátridas y migrantes en situación de vulnerabilidad y/o en riesgo de exclusión social. Nuestro enfoque de trabajo es integral: acogida temporal, atención jurídica, atención psicológica y social, formación y empleo, e incidencia y participación social.

Esta publicación ha sido elaborada por Patricia Simón para la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) – Madrid. Deseamos dar las gracias a Alejandro Simón Partal y Lucía Simón Carrasco por la revisión de textos y especialmente, a quienes nos han regalado sus palabras porque, nos dicen, *es importante que en Madrid se sepa lo que sucede allá, para que entiendan por qué huimos.*

Financiado por:



CEA(R)

**Comisión Española
de Ayuda al Refugiado**

CEAR Madrid

Avenida de Asturias, 33. Bajo. CP 28029

Tel. 91 555 06 98

Fax. 91 555 54 16

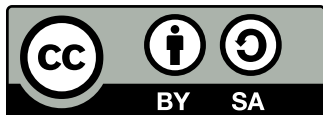
cear.madrid@cear.es | www.cear.es

Edición: 2019, Madrid

Ilustraciones: Rami Abbas

Diseño y maquetación: Erreka Multimedia S. Coop.

Impresión: ASAP Services



| | |
|--|-----------|
| Prólogo | 5 |
| Introducción | 7 |
| Camila y Andrea. Vivir porque pensaron que estabas muerta. | 13 |
| Haz patria: mata a una lesbiana y a un gay. | 18 |
| María Elisa y Marcos: la extorsión insaciable. | 20 |
| Pagar para que no te maten | 24 |
| Esteban y Unai. Prohibido el amor | 25 |
| El trauma colectivo que producen de las maras | 29 |
| Milagros y Jonathan. Huir para salvar a tu hija de la esclavitud sexual | 31 |
| La guerra de las maras contra las mujeres | 33 |
| Débora y Vladimir. Cuando la Policía es parte de la amenaza. | 35 |
| Emily. Las mujeres más odiadas por las maras | 39 |
| Criterios de la protección internacional: ¿dónde encaja la violencia de las maras?. | 43 |
| Zayda y Carla. Allá y acá, sin justicia ni paz. | 45 |
| Epílogo | 48 |
| El marero y yo. | 48 |



Prólogo

Todo el mundo tiene, al menos, una historia que contar: la suya. Y contarla y que sea escuchada –o leída– debería ser un derecho recogido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Sobre todo, para aquellas personas cuyas vidas no suelen ser noticia ni siquiera cuando mueren: salvo que su muerte coincida con muchas otras por una catástrofe natural, un naufragio masivo o una masacre de dimensiones extraordinarias. Los seres humanos somos, fundamentalmente, relato. Por eso, como escribía Soledad Gallego-Díaz en una columna dedicada al pueblo palestino –pero aplicable a cualquier comunidad cuyos derechos han sido pisoteados–, es fundamental que manifestemos en voz alta que *Creemos en su dolor*: «Dicen que el dolor es real sólo cuando consigues que otro crea en él. Si no lo logras, tu dolor es locura». Por eso hemos escrito este libro: porque queremos decirle a todas las personas que se ven obligadas a huir de Honduras, El Salvador y Guatemala por la violencia de las maras, que les creemos, que queremos que nuestro país sea el lugar tranquilo y seguro en el que puedan recuperarse y emprender una nueva vida y que son bienvenidas.

Hace doce años, tuve la oportunidad de viajar por Centroamérica en coche para rodar unos documentales. Las pandillas ya habían convertido la región en una de las más homicidas del mundo y comprobamos cómo la población estaba sometida a su política de terror y control. Las primeras recomendaciones que recibimos mi compañero y yo cuando llegamos a El Salvador fueron que nunca nos detuviéramos en los semáforos, que sólo paseáramos o comiéramos en centros comerciales por ser más seguros, y que una vez que estuviésemos en carretera, sólo parásemos en las gasolineras. Y poco tiempo.

San Salvador era ya una ciudad militarizada por un ejército de hom-

bres armados, muchos de ellos trabajadores de empresas privadas, apostados a la entrada de cualquier comercio que se lo pudiera permitir. De camino a Guatemala, escuchábamos por la radio los asaltos que habían sufrido los autobuses y los coches ese día y el número de víctimas. Recuerdo especialmente a un locutor contando que el día anterior una anciana había sido asesinada cuando visitaba la tumba de un familiar. Nos preguntamos por cuánto dinero la habrían matado, si llevaría encima siquiera el equivalente a un dólar.

Después de días de conducción, llegamos a Rabinal, un pueblo de 45.000 habitantes en las montañas del norte de Guatemala. La dueña de la pensión en la que nos hospedábamos nos advirtió: «No salgan después de que anochezca, están las pandillas y no es seguro». Estábamos en el epicentro del genocidio que veinte años atrás había orquestado el dictador Efraín Ríos Montt contra la población indígena. Y sus supervivientes estaban sometidos a un toque de queda impuesto por grupos de adolescentes. Más de una noche escuchamos disparos, pero al día siguiente nadie quería hablar demasiado sobre ello.

Semanas más tarde, nos adentramos en Honduras. «Eviten a la Policía», nos recomendaron colegas periodistas. Prácticamente llegando a Nicaragua, nos pararon en un control. Iban con pasamontañas, ¿cómo saber si realmente eran ellos? Tras realizarnos preguntas ambiguas mientras intercambiaban miradas vacilantes, nos dejaron seguir nuestro camino. Años después, volví a Honduras y directamente la recomendación era no parar.

Ninguno de los documentales que elaboré en aquel viaje tenían que ver con las maras, pero seguí con atención aquel fenómeno gracias al trabajo de El Faro.net, un periódico salvadoreño que se ha convertido en un referente del reporterismo.

Por todo ello, cuando me llegó la invitación de CEAR Madrid para escribir este libro sobre las personas que buscan refugio en nuestro país por la violencia de las maras, no dudé un instante en ponerme a ello. Porque en aquellos viajes había constatado que, desde luego, Centroamérica no era un territorio en paz, y que si a aquello que habían generado las maras no se le podía llamar aún guerra, desde luego sus consecuencias en la población eran más que parecidas a las que había conocido en otros territorios, como Colombia, Líbano o Palestina. Además, desde que la cuestión de las personas que buscan refugio atrajo la atención mediática en el verano y el otoño de 2015, había dedicado buena parte de mi trabajo a cuestionar la reducida definición que se suele hacer de derecho al refugio, cuando muchas de las personas que llegan a nuestro territorio y son tratadas como ‘migrantes’ deberían tener derecho al asilo. Y por último, porque como investigadora académica llevo años indagando sobre cómo las historias de vida y los testimonios en primera persona pueden fortalecer desde el periodismo el trabajo de la recuperación psicosocial de los y las supervivientes. Para ello, hay que anteponer el cuidado de los protagonistas de nuestras informaciones a sus destinatarios y entender la construcción del relato como un proceso conjunto cuyo fin no es sólo que la persona pueda contar su historia, sino que sienta que el retrato que hacemos de ella es justo, que recoge sus fortalezas y no sólo sus debilidades, y que termine con la sensación de haber contado lo que quería contar y cómo lo quería contar. Por ello, una vez convertido en relato escrito el resultado de las entrevistas orales, se los devolvimos a sus protagonistas para que pudieran hacer aportaciones y sugerencias. Y finalmente, esta periodista aplicó los filtros propios de su oficio, sobre todo, el de la contextualización, que nos permite extrapolar una experiencia personal para comprender el fenómeno al que se refiere. Y por último, pero no por ello menos importante, tener claro que estamos cumpliendo con nuestra función de hacer interesante lo importante.

Todo esto encajaba perfectamente en el objetivo de CEAR Madrid: dar a conocer las situaciones que han provocado el éxodo de estas personas de sus países y los obstáculos que están encontrando para hacer valer su derecho al refugio en el nuestro. Y hacerlo de una manera colaborativa. Sobre todo, porque tenían muy reciente la experiencia del “Laberinto de las Maras”, una instalación que habían creado personas afectadas por ellas, junto a activistas y trabajadores de CEAR, para que la ciudadanía pudiera experimentar algunas de las violaciones de derechos humanos que sufren de manera cotidiana en sus países. La última etapa del laberinto, una de las más difíciles de sortear, era el aeropuerto de Madrid.

A través de la creación de ese laberinto a mediados de 2018, algunas de las personas que también participan en este libro pudieron conocerse, empezar a restablecer lazos de confianza y comunitarios, y mostrarle a las más de 600 personas que se atrevieron a recorrer la instalación en la plaza madrileña de Callao, los peligros que fueron capaces de sortear, la valentía que tuvieron que desarrollar para seguir vivos y vivas, las energías que tienen que invertir ahora para emprender una vida desde cero.

Este libro es la continuación de ese Laberinto, que seguro que tendrá muchas otras ramificaciones. Porque no sólo necesitamos seguir aprendiendo sobre el fenómeno de las maras, sino –especialmente– sobre lo difícil que resulta acceder a derechos en España si eres una persona extranjera procedente de un país pobre. No deja de resultar paradójico que sepamos mucho más sobre las dificultades que entrañan los viajes migratorios y en busca de refugio, que sobre las fronteras invisibles que tienen que sortear una vez están en nuestro país. Para derribarlas ha nacido este libro también. Pasen y lean •

Introducción

Los habitantes de los países a los que en este momento nos toca observar desde la barrera a los que sufren la violencia –estuvimos ahí y, desgraciadamente, es bastante probable que volvamos a estarlo– tenemos un exquisito y ampuloso vocabulario para catalogarles (refugiados, desplazados, migrantes, migrantes económicos...), y una tendencia a la tacañería a la hora de definir guerra, conflicto y, sobre todo, hospitalidad, acogida, solidaridad.

La guerra tal y como la entendíamos hasta ahora ya es sólo una más de las formas en las que los humanos nos exterminamos periódicamente. Un paradigma de lo que significa conflicto bélico –con el que conformamos nuestro imaginario colectivo de combates, trincheras, bombardeos y suicidio colectivo– basado en la II Guerra Mundial, tras la cual tejimos toda la normativa sobre la guerra y cómo matarnos civilizadamente –el Derecho Internacional Humanitario– y qué hacer con los supervivientes –la Convención de Ginebra del Estatuto del Refugiado–. Una legislación alumbrada todavía con el polvo de los escombros de la devastación flotando en el ambiente y destinada a los mismos que la habíamos sufrido. Por si no habíamos aprendido la lección.

Ochenta años después, la normativa exige una modernización y adecuación a los nuevos actores y contextos que producen refugiados y refugiadas, y a las nuevas formas de persecución que nada tienen que ver con las que se producían en 1951, año en el que se promulgó la Convención de Ginebra. Ni siquiera quienes mejor conocen esta necesidad aspiran a plantearlo en voz alta ante la ola reaccionaria, racista y antirrefugiados y migrantes que recorre los países ricos. «Mejor ni mentarlo: si tocan

la protección internacional será para restringirla», dicen las fuentes expertas cuando se les pregunta, aun estando convencidas de su necesaria actualización. Como para proponer que recoja los nuevos escenarios.

Las personas procedentes del conflicto siria, el que mejor encajaría en el retrato tradicional de la guerra, sólo representaron el 5% de los solicitantes de asilo en España en 2018. El resto de las nacionalidades dibuja el mapa de las nuevas formas que la globalización, el autoritarismo y la política del despojo han ingeniado para desechar, repeler, despreciar las vidas humanas.

La crisis económica e institucional que ha desembocado en una crisis humanitaria en Venezuela, desbordando en forma de éxodo sus fronteras terrestres y aeropuertos, fue el origen del 26% de las solicitudes de asilo en España en el último año. La creciente desigualdad, el empobrecimiento provocado por una deflación sin precedentes, el impacto de las sanciones económicas impuestas por Estados Unidos, la polarización política de una sociedad alimentada por la crispación partidista y la incapacidad del Estado venezolano para garantizar la seguridad de sus habitantes han convertido a gran parte de su población en solicitantes de protección internacional. Y muchos de los que aún permanecen en el país es porque ni siquiera pueden afrontar económicamente el viaje. La inseguridad en Venezuela no procede de bombardeos ni francotiradores: la violencia callejera está fuera de control, en las casas no alcanza para comer, y como en decenas de países empobrecidos, sus habitantes hacen lo que ha hecho el ser humano durante toda la historia de la humanidad: desplazarse en busca de mejores perspectivas. O lo que la Declaración Universal llamó el derecho a la libre circulación, el que ampara a las personas migrantes.

Colombia, cuyo expresidente Juan Manuel Santos fue reconocido con el Nobel de la Paz por haber firmado el proceso de paz con la guerrilla de las FARC en 2016, fue con un 16% el segundo país de origen de los demandantes de protección internacional en España dos años después de la histórica rúbrica. El ejemplo colombiano evidencia así que para alcanzar la paz hace falta más que desactivar a uno de los actores armados. El año pasado, 2018, fue en el que más campesinos, campesinas y líderes sociales fueron asesinados desde el acuerdo de paz. La mayoría, por reclamar la devolución de las tierras que les robaron los paramilitares, por oponerse a abandonar sus hogares para que se instalen multinacionales extractivistas o por residir en territorios en disputa para las rutas ilegales del narcotráfico y la minería ilegal. Ciento sesenta y cuatro finados, según la Defensoría del Pueblo. Las estructuras paramilitares –verdaderos ejércitos dedicados a la concentración de la riqueza y a la limpieza social– son más poderosas y letales que nunca, pero Colombia ya no es considerado por la agenda internacional un país en conflicto.

Le siguieron en número Honduras y El Salvador, con un 4,3 y 4,1% de solicitudes respectivamente –más de 4.700 personas en total– lo cual supone más del doble de solicitudes que las recibidas en el ejercicio anterior. Apenas un puñado han obtenido, a día de hoy, protección internacional. Este éxodo únicamente ha sido tenido en cuenta cuando las cámaras captaron la desesperación de los que se organizaron en caravanas para llegar a Estados Unidos. El Triángulo Norte, compuesto por El Salvador, Honduras y Guatemala, está en guerra, o algo peor que la guerra, si este oxímoron de tan doloroso no resultara casi obscuro, si no supiéramos que la guerra jamás podrá ser realmente descrita en los asépticos tratados internacionales, y que las crónicas periodísticas, incluso la más vívidas y certeras, siempre se quedan cortas. Porque ni quien la sufre es capaz de poner palabras al volcán de miedo que se abre en el vientre cuando se presencia la ejecución de una persona y se teme seguir su suerte; o cuando seguir su suerte da menos pavor que lo que te puedan hacer antes para llegar al mismo fin.

Así que, lejos de establecer grados de infamia, pocos escenarios se nos dibujan más turbadores que aquel en el que los señores de la guerra, en este caso los mareros, controlan cada parcela de tu vida, incluido si tus hijos deberán convertirse en asesinos y tus hijas en sus esclavas sexuales. Su poder e impunidad son

tan aplastantes que no se les puede, siquiera, decir que no a sabiendas de que su código establece que una negativa se paga con la advertencia de una inminente muerte. Y la segunda, con su consumación.

El origen de La Bestia

Los factores que contribuyeron, de manera bastante previsible, a la formación de las maras deberían ser conocidos por todos los gobernantes actuales. Los movimientos de población migrante y refugiada son definitorios de nuestro siglo y de cómo se gestionen va a depender nuestro futuro inmediato.

Durante la guerra salvadoreña (1980-1992) el 20% de la población huyó del país: más de 700.000 personas que buscaban así evitar el destino mortal que encontraron sus 75.000 compatriotas en la contienda. En 1981 morían como resultado de esta guerra unas 700 personas al mes. Treinta y cuatro años después, en 2015, este país alcanzaba su funesto récord tras la firma de la paz: 650. Un año en el que las maras emplearon la violencia no sólo como un arma de control social y de apoyo a sus negocios ilícitos, sino también como herramienta de presión política al gobierno. Aunque en los últimos años el desangramiento se ha reducido –unas 300 personas al mes en 2018–, la hemorragia sigue siendo mortal.

Las maras tuvieron su origen precisamente, como empezábamos esta introducción, en la tacañería para aplicar la solidaridad, la acogida, la hospitalidad con unos niños y jóvenes que sólo conocían la despiadada violencia de la guerra y que fueron llevados por sus familias a Estados Unidos buscando un lugar seguro. Muchos de ellos terminaron en California, viviendo hacinados en minúsculos apartamentos, con otras cuatro familias de refugiados en condiciones de absoluta precariedad. No conocían el idioma, ni el sistema educativo, ni se sentían bienvenidos en esos barrios controlados y sometidos a las luchas de poder de las bandas de chicanos, afroamericanos y asiáticos, que los sentían como intrusos y que descargaban contra ellos toda su rabia por sentirse también poco bienvenidos, poco estadounidenses, bastante discriminados y muy pobres.

Pero, como tantos adolescentes, los salvadoreños encontraron su verdadero refugio en la música, en su caso, en el Death Metal, que ponía acordes a toda su rabia, desubicación e incertidum-

bre. Y en torno a su ritmo se fueron encontrando para bailar, saltando y chocándose los unos contra los otros en esa catarsis colectiva que toda generación busca, pero también para reconstruir su identidad con la fuerza que insufla volver a ser parte de un grupo.

El mismo proceso que siguen muchos de los chicos que continúan llegando solos o con familias desestructuradas a Estados Unidos, o que siguieron los jóvenes franceses hijos de migrantes que fueron arrinconados en las *banlieues* de las ciudades francesas, o los niños marroquíes que sobreviven en las calles melillenses. Si el Estado no arropa, si la comunidad no hace partícipe, si todos los mensajes que recibes de la sociedad son que sobras, que no eres de los suyos, que eres menos, peor o sospechoso por el mero hecho de existir, buscarás la aprobación y el sentimiento de pertenencia donde te acojan de buen grado. Y así lo hicieron.

Pero el concepto de pandilla, de mara, se construye y alimenta del rechazo y el odio al grupo rival, del permanente enfrentamiento con el émulo. Por lo que, aglutinados en torno a la recién creada Mara Salvatrucha 13 (MS-13) en Los Ángeles, se sumaron a la lucha de poder que libraban el resto de las pandillas, entre otras, la que se convertiría en su gran adversaria, Barrio 18. Había comenzado la guerra por el control del territorio para el narcomenudeo –la venta de drogas al consumidor– y la extorsión.

Los cabecillas que eran encarcelados por estos delitos encontraron rápidamente la forma de seguir dirigiendo sus pandillas desde las prisiones federales, por lo que Estados Unidos empezó a deportar a sus países de origen a los condenados. En concreto, sólo entre 1989 y 1993, unos 4.000. Ahora, se estima que hay unos 60.000 mareros en El Salvador, 36.000 en Honduras, 15.000 en Guatemala y 10.000 en Estados Unidos. Lejos de deshacerse del problema con su política de deportaciones, que después han mantenido todos los presidentes de la Casa Blanca, lo alimentaron, cebaron, clonaron, explosionaron. Como está haciendo en la actualidad Donald Trump, al dedicarle a las maras discursos, insultos –refiriéndose a sus integrantes como «animales» y a su región de origen como «países de mierda» – y otorgándoles el para ellos honor de ser una de las tres nuevas formas de grupos mafiosos –junto a los Zetas mexicanos y la Yakuza japonesa– que Estados Unidos incluye en su lista de organizaciones terroristas.

El Salvador, Honduras y Guatemala llevan décadas, sino siglos en conflicto: el genocidio que supuso la colonización española, las distintas formas de esclavitud que impusieron las oligarquías, los conatos de revueltas de indígenas y mestizos sangrientamente aplastados a principios del siglo XX y las guerras civiles de los años 70 y 80. Decenas de miles de muertos después, estos países firmaron la paz en los años 90, no ya para volver al statu quo previo –la eterna división entre explotadores y explotados–, sino para seguir engrasando el círculo de la violencia, ahora a través de las pandillas.

Surgen así decenas de pequeños grupos delictivos creados por los mareros deportados que atraeron con sus ropajes, tatuajes y jerga a miles de críos míseros, los niños de nadie, de la calle, de esa Centroamérica en la que una parte de las familias sigue sobreviviendo en las mismas condiciones que las de hace siglos: una chabola de tablas de madera, unas cuantas hamacas para dormir, un mortero en el que moler el maíz y poco más. Los atraeron para convertirlos en niños soldado y que se matasen entre sí. Y ellos, que buscaban darle sentido a sus paupérrimas vidas, lo encontraron en la muerte.

Maras, la guerra que nació del colapso social

«La crisis de seguridad crónica de El Salvador es una advertencia para Latinoamérica y el mundo sobre cómo las consecuencias imprevistas del fracaso de un posconflicto pueden ser más letales que la propia guerra. Un cuarto de siglo después de la firma de los Acuerdos de Paz, a menudo se dice que El Salvador está sufriendo una ‘nueva guerra’ entre el Estado y las pandillas. Sin embargo, esta ‘guerra’ es más bien una manifestación del colapso social: las partes enfrentadas carecen de cohesión, la violencia pandillera por ahora no tiene un claro objetivo político, y los civiles más afectados por la inseguridad, en su mayoría jóvenes procedentes de entornos de bajos ingresos, son a la vez víctimas y victimarios».

Esta fue una de las conclusiones recogidas por el prestigioso *think tank* International Crisis Group en un informe dedicado a El Salvador publicado en 2017.

La última década ha sido la de la consolidación de las maras como un poder paralelo a los Estados de Centroamérica. Cientos de pequeñas pandillas, también llamadas clicas, aglutina-

das fundamentalmente en torno a la Mara Salvatrucha 13, Barrio 18 y sus escisiones, que han llevado a El Salvador y Honduras a alternarse durante años en el primer y segundo puesto de los países en los que no hay declarada una guerra como tal, y sin embargo son las “guerras no encontradas”, como las ha definido CEAR, más homicidas del mundo.

2018 se ha cerrado con cifras que explican por sí solas el éxodo en búsqueda de refugio que está viviendo Centroamérica: El Salvador ha tenido una tasa de 51 asesinatos por cada 100.000 habitantes, Honduras 40 y Guatemala 22,4, según Insight Crime, un *think tank* especializado en el crimen organizado. En España fue de 0,6. Según las Naciones Unidas, más de 10 representa una epidemia.

No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de las personas centroamericanas que buscan asilo en España y en Estados Unidos arguyan, cuando son entrevistadas por periodistas, la violencia de las maras como la razón principal para huir de sus países. Una violencia que se emplea como forma de control y terror social y como herramienta para acometer otros delitos, como el robo, el secuestro, la trata de personas, el narcotráfico, el sicariato y la venta y distribución de armas.

La ideología de la mara es la muerte, todo acaba y empieza ahí: hay que asesinar para entrar en la mara, para ascender jerárquicamente, para renovar la confianza de los jefes, para escarmantar a algún compañero, para recordar quién manda en el barrio, para que nadie se quede sin pagar.

Las maras, con las que el gobierno de El Salvador llegó a pactar una tregua en 2012 durante la cual la tasa de asesinatos se redujo a la mitad –unos 30 por cada 100.000–, han convertido a los habitantes de Centroamérica en su población reclusa: el que puede se traslada exclusivamente en coche privado ya que los autobuses son asaltados diariamente, los centros comerciales se han convertido en el lugar de ocio porque cuentan con seguridad privada armada –a menudo, vinculada con la mara o extorsionada por la misma–, y sólo se camina por la calle por extrema necesidad, ya que se ha convertido en una cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, pese a que los altos índices de homicidios llevan siendo noticia dos décadas, la realidad de Centroamérica sigue

siendo bastante desconocida en España. Por ello, las personas que logran huir a nuestro país a menudo se topan con la incompreensión de parte de la ciudadanía y el rechazo de las instituciones a reconocer su derecho a la protección internacional.

Por ello, hemos escrito este libro con algunos de sus testimonios. Para intentar que nadie pueda decir que no sabía lo que está ocurriendo en Centroamérica y por qué sus habitantes se ven obligados a marchar, perdiéndolo todo, para evitar que las maras conviertan a sus hijas en esclavas sexuales, que recluten forzosamente a sus hijos o que les asesinen por no poder afrontar el pago de las extorsiones; para que se entienda que las personas lesbianas, gais, transexuales y bisexuales son un objetivo prioritario de las pandillas por desafiar el orden heteropatriarcal que imponen allá donde se establecen. Y que lo que más necesitan sus víctimas cuando logran huir a países como España es que les permitamos encontrar entre nosotros y nosotras un espacio seguro donde sanar tanto dolor y reconstruir sus vidas.

Ese es el caso de Andrea, Camila, María Elisa, Marcos, Unai, Esteban, Milagros, Jonathan, Emily, Débora, Vladimir, Carla y Marfizmart. Pseudónimos de hombres y mujeres que huyeron de El Salvador y Honduras para salvar sus vidas y las de sus hijos e hijas y que siguen luchando para que se cumpla su derecho al refugio. En el caso de Zayda, aún permanece allí. Salvaguardamos su identidad para evitar posibles represalias de las maras contra ella y contra los familiares del resto, que permanecen en sus países.

Testimonios que hemos emparejado para que dialoguen entre sí y enriquecer con distintos puntos de vista la narración de una misma o parecida experiencia. A veces, sus protagonistas son familiares o pareja; otras, ni siquiera se conocen, pero sus vivencias son tan similares que su suma evidencia la existencia de un patrón de conducta en las pandillas.

Os invitamos a conocer de su mano la guerra invisible que libran las maras en Centroamérica, una nueva forma de violencia tan sangrienta, aleatoria y estructural que les ha convertido en refugiados y refugiadas sin refugio •



La verdad no está en una sola versión.
La verdad está dispersa
en muchos corazones.
En música, sería una sinfonía.

Svetlana Alexiévich



Camila y Andrea

Vivir porque pensaron que estabas muerta

He visto gente morir delante de mí ininidad de veces. Así que si matasen a alguien aquí mismo, a mi lado, no gritaría ni lloraría. Crecí con eso de sentir que iba a morirme en cualquier momento, a la vuelta de la esquina.

Nunca voy a olvidar el día que vi machetear a ese hombre. Yo no lo vi mal, ¿te lo puedes creer? No grité, no me asusté. Miraba salir la sangre, callada. Tenía siete años. Mi madre me abrazó, lloraba y lloraba porque hubiese visto eso. A mis 31 años habré visto matar a unas 40 personas. Desde niña me la he pasado corriendo cada vez que escuchaba disparos para ver si al que habían matado era mi hermano. Hasta que lo asesinaron. Yo tenía 28 años.

Unos meses después de perderle, vi que en la terminal de autobuses había un muerto. Imagínate hasta dónde llega el prejuicio, que dije: «Debe ser un delincuente, está bueno». Es que yo quería que matasen a todos los mareros. Y cuando llegué a casa, Andrea me dijo que era Kevin, un niño vecino mío que era tan bueno. Le balacearon porque su papá era policía. Empecé a llorar y a maldecir todo lo que no había llorado y maldecido tras la muerte de mi hermano.

Para el mundo, Camila y yo éramos sólo las mejores amigas. Yo me tuve que echar hasta un novio para no levantar sospechas. Años atrás, cuando tenía 13 años y en mi pueblo descubrieron que tenía una noviecita, los profesores del colegio me intentaron expulsar. Gracias a las súplicas de mi mamá y a mis buenas cualificaciones, redujeron el castigo a cambiarme al turno de mañana y mandarme al psicólogo para que solucionase mi 'desviación'. A la otra chica no le hicieron nada porque su familia tenía dinero. En mi país hay mucha doble moral. Al final mi mamá decidió llevarme con ella a Guatemala para que así se me pasase lo de mi bisexualidad.

Mi mamá fue una madre terrible, pero es mi madre. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años, y mi madre se fue a Guatemala tres años después. Así que me crié con mi abuela, mi tío, mi tía, siempre de aquí para allá, y todos eran muy pobres. A los diez años vi el primer asesinato a unos metros de mí: fue cuando mi madre me llevó a vivir con ella a Guatemala. Yo creo que fue entonces cuando me volví adulta, cuando vi la realidad de la vida, porque aquí no es así, pero allá sí.

Un año después, vi el segundo. Estaba en una habitación del burdel donde trabajaba mi madre, y un tipo que venía huyendo me encerró con él exigiéndome que le ayudase. Pero ¿qué podía hacer? Lo que me sigue sorprendiendo es que yo no lloraba: lo miraba, mientras los que le perseguían intentaban echar abajo la puerta. Lo mataron ahí mismo. Fue cuando le dije a mi madre que no quería seguir viviendo en ese agujero, donde además me habían violado. Me buscó un comedor donde trabajar como mesera por las tardes, después de ir al colegio. Así pasaba menos tiempo en el prostíbulo, pero me obligó a seguir yendo a dormir con ella. Pensaba que así me protegía. Es alcohólica y tiene problemas mentales. Pero es que ella también sufrió el maltrato de mi abuela, la que me dejó todo el cuerpo lleno de cicatrices –una vez, hasta un machete me tiró–. Pero es que mi abuela también tuvo una vida muy dura que le generó problemas de salud mental. Y así.

A los siete años me enamoré de mi compañerita. Yo rezaba para ser niño y que así ella se fijase en mí. No concebía que me pudiese querer siendo niña. A los diez, se me empezó a notar que era lesbiana y mi tía y otros miembros de mi familia empezaron a decirme que iba a ir al infierno por ser una 'marimacha', una 'cochina'; me tiraban la comida en el suelo, me quitaban todas mis cosas y se las daban a mi prima, me decían que yo no mere-

cía nada bueno. Pero no es que me vieran con noviecitas, ni que hiciera nada, porque era una niña. Es que en El Salvador, además de todo, hay un problema terrible con la religión: son fundamentalistas. Así que me convencieron de que debía odiarme, de que me merecía todo ese maltrato y desprecio porque, claro, si fuese heterosexual me querían; porque mi hermano era delincuente y drogadicto, y mi hermana se la pasaba tomando, pero la mala era yo. Así que lo oculté.

Ahora hablo tan relajadamente de todo esto, pero llegó a apretarme tanto el alma que enfermé física y emocionalmente: empecé a somatizar y a tener taquicardias, dolores de todo tipo, a no poder levantarme de la cama. Y también enfermé de desconfianza porque si la gente que tiene tu sangre no te quiere, ¿qué no haría alguien que no es nada tuyo?

Aunque gracias al apoyo de la psicóloga haya empezado a aceptarme, en el fondo sigo sintiendo cierto rechazo hacia mí, porque mi vida habría sido distinta de ser hetero, porque habría tenido las oportunidades para estudiar que les dieron a mis primas. Yo no me hice marera, ni drogadicta, pero caí en la droga de la mediocridad, de no luchar por mis sueños, de conformarme con un trabajo que me diese para comer. Empecé a estudiar Derecho mientras trabajaba y me di cuenta de que no era lo mío. Quería estudiar Psicología, pero enfermé y el sueldo no me daba para cubrir los gastos del tratamiento y de la facultad. Nunca se me va a quitar de la cabeza que no he cumplido mis sueños por mi culpa, porque conozco a personas que lo han tenido mucho peor que yo y lo han conseguido.

Cuando estaba sin poder salir de la cama, mi madre me llegó a decir que me casase, que eso me curaría. Cuando le contesté que no dijese tonterías, me propuso que entonces me metiese con un hombre, que, a veces, mantener relaciones la pone a una frondosa.

A los 13 años decidí dejar de vivir con mi madre y volver a El Salvador. Yo era una niña callada, tímida. A la salida del colegio, llegaban los chicos mareros para hacerse noviecitos de las niñas, meterlas en la pandilla, acabarlas. Yo los rehuía pero un día, una niña me esperó a la salida y cogiéndome de la mano me arrastró hasta donde había dos chicos que por su aspecto (camisetas y pantalones anchos, tatuajes...) y su forma de hablar, eran claramente pandilleros. Allí, entre ellos, me sentí fatal, consciente de que me harían hacer cosas que

no quería y salí corriendo. Me quedé dos horas en la sala de profesores hasta que se marcharon. Los días siguientes fueron aterradoros, sentía que aparecerían en cualquier momento. Un mes y algo después, yendo a la casa de mi abuela, que está a las afueras, apareció un coche con dos hombres, me atraparon y me violaron. Otra vez. Cuando recuperé la consciencia estaba tirada junto a un río. Lo más doloroso fue que llegué a casa y no se lo conté a nadie. Porque a mí no me hubiese importado denunciarlo y que todo el pueblo se enterase e hiciese burla sobre mí si fuese a servir para algo. Pero, ¿para qué iba a contárselo a mi tío, a mi abuela o a la Policía si no iban a hacer nada? No lo he compartido ni con mi psicóloga porque ¿para qué? Creo que no es bueno recordar, ni tener rencores: hay que olvidar. Si lo cuento ahora es porque quiero que la gente de España entienda por qué venimos.

A los pocos días encontraron a una niña muerta, a la que también habían violado. Se me ha quedado muy grabado porque yo creo que viví porque pensaron que estaba muerta, como ella. La desfiguraron tanto que no pudieron abrir el ataúd para que la vieran los que fueron a la vela. No la conocía, pero me contaron que era muy cristiana, que iba mucho a la iglesia, y sin embargo, lo que dijeron cuando la asesinaron fue que eso le había pasado porque andaba con un marero.

Como a los seis meses, mi mejor amiga se suicidó. Tenía dos años más que yo, quince. En las semanas anteriores, ella cambió mucho: dejó de hablar, de reír, de ser ella. Había empezado a salir con un marero que estaba siempre con otros drogándose en las esquinas. No sé si le habían hecho lo mismo que a mí, o la querían obligar a prostituirse o a vender drogas. A esa edad no tienes recursos para encontrar una salida, y muchas optan por suicidarse.

Todo empieza por la pobreza del país y la falta de buenos empleos, por lo que los padres y madres empiezan a trabajar duro y a dejar solos a sus hijos. Como pasó conmigo y con mis hermanos. Y los que ya están en las maras, aprovechan ese vacío para ir metiéndoles ideas y que se hagan pandilleros: que vas a tener dinero rápido, respeto, amor de familia, que te van a cuidar y proteger, que tu vida para ellos va a ser lo primordial. Te llevan a fiestas, te regalan ropa y celulares, y así se van ganando la confianza de los niños. Cuando llegan a adolescentes ya se han acostumbrado a ganar dinero fácil, a drogarse, y arrastran un montón de deudas con la mara, porque todos esos regalos del pasado los convierten en deudas, y o te saltas, es decir, o ingresas en la pandilla, o te matan.

Y así es como van perdiendo la humanidad, porque cuanto más sanguinario eres, más asciendes en la mara, más dinero ganas porque te encargan los trabajos más duros, y más respetado y temido eres.

Por eso querían fichar a mi hermano, porque era un buen delincuente. Pero él se negaba porque no era un asesino, ni quería estar a las órdenes de nadie. Mientras mi hermano vivía, yo estaba protegida porque le temían. E, incluso, cuando su mejor amigo, que era marero, lo mató a cambio de ascender en la pandilla, Andrea y yo seguimos viviendo tranquilas. Su asesino se había convertido así en jefe y ordenó que no nos tocasen. Es la esquizofrenia de los códigos de honor de la mara. Sólo él podía matar a mi hermano porque era una de las pocas personas en las que confiaba, y ya lo habían intentado finar en siete ocasiones. Aún así tuvo que tenderle una trampa con su ex, que le dijo que si no iba a ver a su hijo, el quinto que tuvo con distintas mujeres, no lo volvería a ver. Y ahí, con el bebé entre los brazos, lo mató. En los foros policiales contarían que lo habían matado ellos, que habían acabado con uno de los delincuentes más perseguidos de la zona. Así se está contando la historia de nuestro país.

En el entierro, su asesino, me abrazaría y me prometería que lo vengaría. Yo aún no sabía la verdad. Así de hipócritas son.

Llamaron al celular de la mamá de Camila. Yo estaba cortándole el pelo. «Ajá, ahora voy». Cogió el bolso y cuando estaba por salir de la casa, se volvió y me preguntó que dónde estaba su hija. «Debe estar saliendo del trabajo. ¿Qué pasó?», le pregunté. «Dispararon a El Gato». Así de preparada estaba para que matasen a su hijo como para que por su respuesta yo no pudiese advertir siquiera que le habían dado una mala noticia. Llamé corriendo a Camila para que se viniese a casa. Sabía que si se enteraba antes por otra persona, iría al hospital, donde habría mareros vigilando para matarla. Porque así hacen. Le dio la noticia su madre, que no se quiso ir hasta que no hubiese llegado su hija. Ella sí fue al hospital y llamó y dijo: «Ya, hija, ya estuvo». «¿Cómo que ya estuvo?, ¿qué estuvo?», Camila. «Lo mataron». Esa forma de canalizar el dolor, de mantenerse fuerte, era el resultado de años esperando esa noticia.

Y sí, durante los siguientes meses nos dejaron en paz gracias a la protección de su asesino, pero entonces a él también lo mataron, porque así es: a otro chico que entró en la pandilla le encargaron que

lo asesinase como prueba para ascender. Porque no tardan tanto: tarde o temprano terminan todos muertos.

Fue cuando comenzaron todos los problemas.

Un día, un chico me detuvo en la calle para decirme que les tenía que devolver 25.000 euros que mi hermano se había quedado de la mara. Era mentira, pero era la forma de empezar la acosadera contra nosotras, que ya no teníamos protección. Poco después, Andrea y yo fuimos a pasar el día de Navidad con su familia en un lago cercano, como es tradición allá.

Varios chicos empezaron a decirnos «hijas de la gran puta, aquí se paran», nos enseñaron sus armas y a decirnos que si no pagábamos ya sabíamos lo que nos tocaba. Uno de ellos miraba fijamente a mi familia y ahí sentí de todo. Porque yo he superado un montón de cosas, lo que he contado apenas es una muestra, conmigo lo que quieran, pero con mi gente que no se metan. Por zafarnos de ellos, les dijimos que íbamos a ver qué podíamos hacer. Empezaron a llegarnos amenazas por carta, por teléfono, y después llegaron a casa, tiraron la puerta y nos dieron veinticuatro horas para pagar o nos matarían: «a vosotras, a vuestras madres, a tus tías, a todos; o bien te vienes con nosotros y sos la mujer del jefe», le dijeron a Camila. «Dice el jefe que te va a enseñar lo que es ser mujer, que sos marimacha porque no habés probado a un buen hombre». Huímos a donde mi mamá, que vivía en las afueras. Juntamos nuestros ahorros y un préstamo de su madre para que Camila se viniese a España.

No me pude traer a Andrea porque no alcanzaba el dinero. Además, se suponía que las amenazas eran sólo contra mí, pero cuando un primo mío les vendió la información de que yo ya estaba lejos de El Salvador, empezaron a ir a por Andrea. Y aquí estaba yo, trabajando en un bar, donde sufrí muchos abusos, para enviarle dinero y que pudiera venirse.

Me decían «panchita», trabajaba de doce de la mañana a las tres o cuatro de la madrugada por el mismo sueldo que mis compañeros, que hacían cuatro horas menos. Tras enfermar y que me echaran, no pude pagar el alquiler de la habitación y terminé durmiendo en la calle. Pero, una cosa que aprendí y que amo de Madrid es no tener que mirar atrás por si alguien me va a atacar. Es algo que me costó meses aprender: al principio, si alguien andaba lento detrás de mí, cogía las llaves para defenderme, me

ponía muy nerviosa. Hasta que alguien me dijo «Tranquila, aquí no te van a asaltar», y empecé a perder el miedo y a disfrutar de la paz. Porque te juro que si hay un tesoro aquí es la paz.

Así que esa noche que tuve que dormir en la calle, no lloré ni nada. Me puse a leer hasta que amaneció.

No sé cuántos días estuve así, durmiendo en la calle y huyendo. Creo que he borrado cosas de mi memoria y que por eso no consigo recordarlas. Fue cuando hui a Guatemala después de que me fuesen a buscar y a decirme que si no pagaba «puta, el jefe te quiere». Y no es que me quisiera para ser su mujer, y limpiarle la casa y cocinarle y limpiarle como una sirvienta. Te quieren para enviarte al penal a llevar droga a los mareros presos, para prostituirte, y nadie quiere eso. Hui por una de las tantas fronteras que tiene El Salvador con Guatemala por las que entras en un comedor, subes y bajas escaleras, y ya estás al otro lado. No quería pasar por un control policial porque allí están muy conectados con las maras. Y aún así, me encontraron. Una noche, fui a cenar sola a un bar y vi entrar a dos chicos. Se sacaron el arma y salí corriendo. Yo creo que así es como se siente la muerte, un frío y un calor en el cuerpo, es como que ves la muerte viva en el rostro de la persona que te va a asesinar. Corrí y corrí, perdí un zapato en la huida y seguí corriendo, me lancé a un monte, y seguí corriendo, hasta que se hizo de noche y los perdí. Me sangraba el pie, salí por otra parte de la ciudad y nadie me ayudaba ni me miraba. Supongo que parecía una persona de la calle, toda sucia y desarrapada. Sentía que cualquiera me podía atacar, así que busqué un rincón, me cubrí la cabeza como si fuese una mendiga, y me dormí. Por la noche volví a caminar. No sé cuánto tiempo estuve huyendo porque cuando conseguí que una mujer me dejase su celular para llamar a un amigo y le pregunté dónde estábamos, me dijo el nombre de una ciudad que estaba muy lejos de donde empezó mi huida. Y fijese que no consigo acordarme del nombre de esa mujer que me ayudó, parecía indígena porque iba con su traje tradicional.

Yo no podía ir así en El Salvador, con camisas anchas y el pelo corto. Fue aquí en España, cuando un amigo gay que se había venido antes me vio un día en una tienda mirando con atención una camisa de chico. Me la regaló porque dice que en ese momento se me veía feliz. Allí tenía que vestir bien femenina, porque si no te acusan de ser marimacha, y no te dan trabajo. De hecho, a mí me echaron de un empleo en el que laboraba como gerente de compras porque se enteraron de que era lesbiana y los dueños son muy cristianos. Mi familia no me dejaba tocar a mis primitos

porque decían que les podía transmitir enfermedades. Cuando empecé a vestirme con camisas y con mi pelo así, corto, me di cuenta de cuánto odiaba a la que veía antes en el espejo, y me enamoré de mi nuevo reflejo. Recuerdo que escribí un poema de lo liberada que me sentí.

El chico que me fue a buscar a Guatemala me escondió en su casa, que era tan pobre que el suelo era de tierra. Me trataba tan bien que llegué a quererle porque allá es muy raro que alguien te cuide así. Sentí rabia porque mi país esté tan mal como para que no me pudiera quedar con esa persona, e intentar salir adelante juntos, y que tuviera que abandonar a mi familia y a mi hermanito pequeño, que es como mi hijo porque lo críe yo. Me lo quiero traer a España porque si sigue viviendo con mi madre, con su alcoholismo y su pobreza, va a terminar siendo marero. Ahora tiene seis años y si sigue allí, a los once estará maleando y a los trece o catorce, muerto.

Y es que, aunque surgiese una persona en El Salvador que animase a la gente a rebelarse contra las maras, que organizase una protesta para exigir, no va a ir nadie porque saben que pueden poner una granada y ahí mueren todos, porque la religión está en todas partes y se resignan con el 'Dios proveerá', porque todo salvadoreño tiene un hijo, primo o vecino marero... Y, sobre todo, porque no conocen la libertad. Yo conocí la libertad en España. Allí nos creemos que somos libres, pero es porque no conocemos la libertad de verdad. Aquí veo cosas que pensaba que no existían: hombres cogidos de la mano o gente celebrando con globos un cumpleaños en el Retiro. En El Salvador la gente no sabe que hay otra forma de vida, entonces, ¿cómo van a aspirar a ella?

A veces siento que, al final, voy a terminar agradeciendo la amenaza de las maras porque sin ella no hubiese salido de mi país y no habría sabido lo que es la libertad. Aquí soy feliz: poder vestirme así, reírme a carcajadas, andar sola por la noche. A veces sueño que me han denegado el asilo, que me han mandado de regreso y siento un miedo... Me despierto con el corazón a mil.

Las maras controlan todos los aspectos de nuestras vidas: nuestra forma de vestir, el color que podemos llevar de cabello, las marcas admitidas de ropa.. Si hasta te golpean si llevas una camiseta con números por si estás formando otra mara. Y no puedes entrar en los barrios que controla la pandilla rival de la que domina el tuyo. Crecimos aprendiéndonos el callejero que han establecido la MS-13 y la 18, y sabiendo por qué calles podemos andar y

por cuáles no. En un velatorio de una niña, llegaron para sacar a los que no eran de ese barrio y advertirles que tenían que cerrar la casa a las diez de la noche.

Andrea y yo ya no somos pareja, pero seguimos siendo muy amigas porque es la persona con el corazón más grande que conozco. Ahora lloro por muchas cosas que antes no me habrían inmutado. Andrea bromea diciéndome que estar aquí me ha hecho humana.

Nunca sabré si los que me violaron fueron los mismos que me esperaban a la puerta del colegio. Pero aunque lo supiese, ¿qué iba a cambiar? ¿Que mis pesadillas tendrían rostro? Sueño a menudo con el primero que me violó, con el que me encerró en la habitación del burdel antes de ser asesinado, con los otros dos que me volvieron a violar y con el vuelo en el que vine: aquella sensación de llegar a lo desconocido. No duermo más de una o dos horas al día por no soñar. ¿Te puedes creer que en toda mi vida no recuerdo haber soñado algo bonito? Mi psicóloga me mandó al psiquiatra para que

me medicase algo para dormir. Me han diagnosticado depresión y trastorno vincular, aquel que se produce cuando ha habido rupturas del vínculo con el padre y, especialmente, con la madre.

Es que estoy aquí y se supone que debería estar bien y ser libre. No lo soy: sigo siendo presa de todo lo que viví. Cada día me siento peor. Vivir todo esto te deja marcado de por vida: no basta con abandonar tu país y a tu gente, es algo que llevas dentro.

Mi sueño es ser psicóloga y escritora. Estoy escribiendo un libro con todo lo vivido para dejarlo salir y abrir espacio a cosas nuevas. Antes escribía poesía para inventarme otras vidas. Ahora escribo de la mía para recordarme que puedo hacer algo distinto con ella.

(Suena el teléfono)

Es Andrea, viene para comer. Ahora verás: es la mujer con el corazón más bondadoso del mundo •

«Haz patria: mata a una lesbiana y a un gay»

En los años ochenta, las calles de San Salvador solían amanecer con la pintada «Haz patria: mata a un comunista». Sus autores, los escuadrones de la muerte de extrema derecha, no sólo se comunicaban así con la población y le transmitían órdenes, sino que también sembraban el terror con la advertencia de lo que se hacía con el disidente, el distinto, el 'traidor' a la patria. Cuarenta años después, los nuevos escuadrones de la muerte, las 'clicas', las células de las maras, siguen lanzando el mismo mensaje, ahora dirigido a los nuevos traidores del orden social que han impuesto: todo aquel o aquella que desafía al macho-violento-marero en el que se sustenta el modelo patriarcal y homófobo de las pandillas. «Haz patria: mata a una lesbiana y a un gay», se ha leído en alguna pared.

En El Salvador, como en el resto del Triángulo centroamericano, hay un silenciamiento en torno a la sexualidad. La fuerte influencia de las Iglesias católica y evangélica en la sociedad y en las políticas institucionales han impuesto tradicionalmente un velo sobre esta cuestión que se traduce en la ausencia de educación sexual y reproductiva, la prohibición del aborto, la asignación a la mujer del rol tradicional de sumisión a los deseos, voluntades e imposiciones del hombre; y la proscripción y persecución de cualquier otra identidad de género y orientación sexual que no se corresponda con la heteronormativa.

A lo largo de los cuarenta años de existencia de las maras en Centroamérica se han apropiado de esta jerarquización del género y la sexualidad, promoviendo y acentuando el modelo masculino agresivo y con poder, y la mujer obediente y sufriente. Fuera de esto sólo caben la muerte o el exilio.

Tanto es así que la Clínica Internacional de Derechos Humanos, un prestigioso departamento de la Escuela de Derecho de la Universidad de Stanford, incluye la violencia sufrida por las personas del colectivo LGTBQ+ entre los cuatro criterios básicos para el análisis de las maras:

- el asesinato de una persona como ritual de iniciación para ser aceptada en una mara,
- la impunidad de los crímenes perpetrados contra los no heterosexuales
- el rechazo a las personas gays, lesbianas, trans y bisexuales,
- la práctica de la extorsión.

Como hemos visto en el relato de Andrea y Camila, el hostigamiento que las maras practican contra las mujeres lesbianas y bisexuales incluye chantajearles con una supuesta redención a cambio de convertirse en las parejas de los jefes o amenazarlas con hacerles saber «lo que es un hombre de verdad», lo que seguro las 'curaría' de esa desviación que supone ser «marimachas». Después de eso, según sus esquemas, deberían volver al redil binario en el que cumplir con su rol de 'mujer de verdad'.

Con su huida, Andrea y Camila se salvaron del destino que las maras tienen asignado a las personas LGTBQ+: ser asesinadas tras ser violadas y torturadas colectivamente y durante días, uno de los ritos de ingreso e iniciación más comunes en las maras. Desgraciadamente, la mayoría no logra reunir los recursos necesarios para emprender la búsqueda de un lugar seguro.

A la mara no le puedes contradecir, por lo que muchos de sus integrantes nunca desearon convertirse en pandilleros y pandille-

ras, pero no tuvieron otra salida para proteger sus vidas y las de sus familias. Entre ellos y ellas, gais, lesbianas y transexuales que, de levantar alguna sospecha sobre su orientación e identidad sexual, serían ejecutados inmediatamente. Ese fue el caso de dos jóvenes adolescentes, encarcelados en un centro de menores, que fueron asesinados por sus compañeros de la Mara Salvatrucha en 2010 después de que se supiese que solían dormir juntos. Las relaciones entre hombres sólo están aceptadas en la mara como forma de castigo: la penetración masculina sólo la aceptan como forma de humillación y degradación. Un arma de guerra ya reconocida en otros conflictos como parte de la violencia sexual. Porque, como ya hemos dicho, Centroamérica sufre una guerra, en la que las maras a veces combaten entre ellas, a veces contra el Estado, a veces aliadas con él. Pero en la que, como en cualquier conflicto, quien más sufre es la población civil. Y también, muchos de los integrantes de las maras, que fueron reclutados forzosamente como niños y niñas soldado. Por mucho que cueste recordarlo a veces.

El destierro institucionalizado

Sin embargo, la LGTBIQfobia está tan extendida en las sociedades centroamericanas que ni siquiera cuentan con estadísticas institucionales sobre las violencias y asesinatos sufridos por este segmento de la población. De hecho, si ya es alta la desconfianza que tiene la sociedad centroamericana en sus instituciones y Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, permeados por las maras, aún es mayor entre las personas del colectivo LGTBIQ+, conscientes de la discriminación, la desprotección y la impunidad que sus casos sufren en sus países.

Ante este abandono, como a Andrea y Camila, sólo les queda la huida, el exilio. Nunca sabremos cuántas de las 22.917 solicitudes de asilo que, según Amnistía Internacional, los salvadoreños interpusieron en 2015 en todo el mundo, estaban relacionadas con su identidad de género y orientación sexual. Lo que sí podemos advertir es que, al menos en los próximos años, cada vez serán más, dado el aumento de la violencia en estos países. Así lo demuestra la escalada hasta el momento: los salvadoreños residentes en otros países han pasado del 15,27% en el año 2008 al 24,7% en 2017, según datos de las Naciones Unidas.

Lo más aterrador de esta cuestión es que, como apuntan todas las personas entrevistadas, aunque las maras y su violencia endémica desapareciesen de Centroamérica, la mayoría de ellas no podrían volver a sus países porque no sólo fueron expulsadas por la violencia de las pandillas, sino que antes ya fueron rechazadas por sus familias, discriminadas y hostigadas por las instituciones públicas y religiosas, expulsadas por el mercado laboral –condenándolas a la exclusión–, y violentadas por cualquiera que pensase que tenía el derecho y el deber de reeducarlas.

El exilio y el asilo no sólo les ha permitido seguir vivas, sino también sentir por primera vez que no hay nada malo en ellas, en ser quienes son, en sentir como sienten, en amar a quienes aman. Que la libertad, a veces, es algo tan sencillo como poder ir de la mano de quien quieres, dormir con la persona que elijas, besar los labios que te gusten. Qué paradoja que la libertad de amar y desear a quien le plazca a cada uno esté mucho más restringida y perseguida en la mayoría de los países del mundo que el delito de destruir, asesinar, violar y bombardear •

María Elisa y Marcos

La extorsión insaciable

Justo cuando nos tocaba empezar a disfrutar de los resultados de una vida de trabajo, nos encontramos despidiendo a nuestro hijo en el aeropuerto. Fue hace tres años. Mi marido enfermó de la pena, yo enfermé del desgarró, pero era la única manera de mantenerlo vivo. Eso, o que se convirtiese en un criminal, en un pandillero, en una víctima más de la guerra que está desangrando nuestro país. Aunque aquí en España apenas nadie sepa que en El Salvador se libra una guerra; aunque aquí casi nadie nos vea como a refugiados. Porque primero tuvo que salir mi hijo, sí, pero después tuvimos que huir los demás: mi hija, su esposo, mi marido y yo. Bueno, los demás no. Allí quedaron mi mamá, mis hermanos, mis sobrinos... No creo que los volvamos a poder ver jamás.

Como todo el mundo, hacía años que sabíamos que el país estaba tomado por las maras. Pero tienes que seguir adelante. Así que un día vas a visitar a tus familiares a otro barrio, tomado por la pandilla contraria a la que controla el tuyo, y unos niños de doce años te piden el documento de identidad. Como lleva tu dirección, tiembles porque sabes que te pueden matar ahí mismo por ser de la colonia 'enemiga'. Pero tienes suerte y te echan con malas palabras, y ya sabes que nunca más podrás volver a la casa de tu mamá o de tu hermana. Otro día escuchas disparos en el parque de al lado de casa y, a la mañana siguiente, alguien te cuenta en voz bajita que encontraron un cuerpo desmembrado allá. Y sigues adelante, aprendiendo a convivir con el miedo. Hasta que es tu hijo el que te dice que un antiguo compañero de clase, un muchacho con el que creció, le está presionando para que se meta en la mara. Y entonces, ya sí, no puedes mirar para otro lado. Porque a ellos no se les puedes decir que no porque tu palabra no vale nada.

Mi hijo estudiaba para catador de café en una escuela pública a la vez que trabajaba como mesero en una hamburguesería. Pero se vino la acosadera, y lo tuvo que dejar todo. Lo seguían a todas partes. Escuchábamos las motos a las once de la noche y ya nos echábamos a temblar porque pensábamos que venían a casa a por él. Pero no, después oíamos unos tiros y sabíamos que esta vez no, que habían venido a matar a otros.

Quando llegué a España seguía temiendo que me estuvieran observando, que me encontrase con un conocido y les dijese dónde estaba. Se te queda dentro esa paranoia. Yo no sabía que podía pedir asilo ni nada de eso, así que con el dinero que traje y el que me enviaban mis padres alquilé una habitación por 350 euros. Como no tenía papeles no encontré más trabajo que alguna limpiecita suelta. Pero el dinero se iba rápido. Lo que más me sorprendió de Madrid fue ver a tantas parejas paseando de la mano, especialmente de ancianos. Acá viven hasta llegar a viejos.

Durante el día, mi marido y yo trabajábamos en una gasolinera y, por la noche, yo cosía bolsos y arreglos para la calle, y mi marido, con el dinero que había conseguido cuando dejó de ser policía, compró un coche para hacer sus viajes como taxista. Un día, un niño llegó a la casa con un móvil en la mano diciéndome que querían hablar conmigo. Yo ya sabía que eso es lo que hacen los jefes de las maras: llamar desde la cárcel para amenazarte de muerte si no pagas la extorsión. Le contesté que yo no tenía que coger el teléfono a ningún desconocido.

Y así, cuando pensábamos que con la huida de mi hijo volveríamos a retomar nuestras vidas, empezó de nuevo la pesadilla. Mandan a chicos de otros barrios que no conoces. Te persi-

guen con motos, te dicen que pagues porque vives bien, cuando nosotros lo que habíamos hecho toda la vida era sacrificarnos trabajando desde las siete de la mañana a las ocho de la noche. Allí, lo más que cobramos cada uno de salario son 300 euros al mes, la misma cantidad mensual que nos pedían a los dos por seguir vivos. Mi esposo había sido policía nacional y detective contra el narcotráfico antes de retirarse y trabajar en la gasolinera y como taxista. Un día, lo rodearon en el parqueadero y le dijeron que sabían su pasado y que, o pagábamos o lo mataban. Es cierto que hay muchos policías que están aliados con las maras, pero también han matado a muchos otros inocentes. Yo dejé de coser para tener menos ingresos y que así dejaran de extorsionarme, pero ni modo. Enfermé de diabetes, cada vez que aparecían en mi casa me daban picos de azúcar.

A esas alturas sabíamos que cuando la mara se enfoca en una familia ya no hay vida. Mi hija y su esposo son ingenieros, y también iban a por ellos. Ella decidió denunciar, pese a que los fiscales le dijeron que no lo hiciera, que era ponerse en la mirilla. Pero ella no aguantaba más porque ya nos habían puesto fecha de muerte.

La familia de mi esposo es de pueblo, así que algunas veces, cuando salíamos del trabajo, nos escondíamos allí, pero temíamos que nos descubriesen y que tomaran represalias contra ellos. Así que empezamos a refugiarnos en centros comerciales hasta que los cerraban, nos quedábamos en el coche y llamábamos a los vecinos para que nos dijese si había mareros en la zona. Llegábamos a las 3 o las 4 de la mañana, a escondidas para que no nos viesen, como si los delincuentes fuésemos nosotros.

Mientras yo vivía acá, encerrado, perdido, y sin saber todo lo que estaba sufriendo mi familia.

Nos tocó salir de El Salvador sin poder despedirnos de nadie. Malvendimos a un vecino nuestra casita para su hija, que nos hizo el favor de comprarla sabiendo la situación, pero sólo nos pudo pagar el coste de los pasajes. Así perdimos el hogar que nos había costado treinta años construir. Mi marido y yo habíamos ido poniendo un murito aquí, una habitación allá, según conseguíamos el dinero y crecían nuestros hijos. La tenía pintada de verde y cremita. Somos gente pobre que hemos luchado por alcanzar nuestras metas. Me tocó llevar a mis dos perritos al veterinario para que los durmieran porque no tenía nadie que se los pudiera quedar.

Ni mi hijo ni nosotros nos fuimos a Honduras o a Guatemala, que están más cerca, porque también están tomados por las maras: allá lo encuentran a uno y lo matan igualmente. Cuando llegamos a España hablamos con el señor que le alquilaba la habitación a mi hijo para que nos dejase dormir con él. Subió la renta de 350 a 500 euros.

Mis padres dormían en la camita y yo en el suelo. La señora empezó a mostrarse molesta, supongo que porque estaba embarazada y no quería tener a gente en casa, así que no nos dejaba usar la cocina por las noches. Nos íbamos a la cama sin cenar. Hasta que, de un día para otro, nos dijeron que nos tenían que marchar porque querían pintar la habitación, que estaba infectada de moho, para cuando llegase el bebé. Era enero de 2018, cuando nevó. Tener que ver a mis padres, de nuevo, cargando con bolsas, empapados, y sin saber adónde ir... En la habitación que tenían alquilada mi hermana y su esposo no





podíamos quedarnos, así que empezamos a buscar un sitio protegido donde pasar la noche en la calle. Justo entonces, vimos un alquiler de una habitación en Usera. Llamamos y el señor fue bueno, nos la alquiló por 350 a los tres.

Imagínate todo lo que nos robaron los mareros: primero la libertad, y luego nuestras vidas.

Estando en esa habitación, nos llamaron para decirnos que nos habían concedido plaza en un centro de acogida para refugiados. Les pedimos que fuese en Madrid para no tener que volver a separarnos de nuestro hijo. Es que nosotros hemos sufrido mucho por la separación de él. Uno viene con un trauma horrible.

Yo aquí me he sentido atada porque lo que quiero una es trabajar, no ser una carga, quiero contribuir y pagar mis impuestos. Llevamos ocho meses aquí, seis como solicitantes de asilo en un centro de acogida, y ahora ya nos van a dar permiso para poder buscar trabajo. Estamos haciendo cursos para nuestra reinserción laboral. Mi hija y su esposo trajeron sus papeles que acreditan que son licenciados en ingeniería, pero les han dicho que tardan dos años en convalidarlos.

Es muy doloroso llegar a una tierra donde sentís que no existís, donde no tenés identidad ni encontrás una oportunidad para salir adelante. Te agarra una depresión muy fea, y eso que nosotros estamos en familia y nos consolamos los unos a los otros. Un día, veníamos a CEAR los cuatro en el autobús y alguien nos miró mal. Nos volteamos como si no nos hubiésemos dado cuenta, pero piensas: si sólo supiera nuestra historia.

Si vienen más salvadoreños, traten de ayudarles porque todos traemos el mismo dolor. Los mareros están desangrando nuestro país •

Pagar para que no te maten

Las maras necesitan pagar a sus integrantes para garantizarse su permanencia y fidelidad, pero cualquiera que haya visto a ese ejército de muchachos y hombres pulular por las calles con sus andares de adolescente arrastrando los pies, y el aspecto de sus ropas –de marca, sí, pero desgastadas por el uso–, puede intuir que los mareros de nivel raso no son precisamente ricos. Ni siquiera pueden aspirar al nivel de consumo y bienestar de la exigua clase media centroamericana. Y eso es porque, como escriben los reputados reporteros salvadoreños Juan José y Óscar Martínez, la mara «es una mafia, sí, pero sigue siendo una mafia de pobres. El secreto está en que su sueño no es hacerse ricos, sino ser alguien. Ser alguien distinto al que eran. Porque algunos de ellos, como Miguel Ángel, eran pobres desde siempre, pero también humillados, hermanos de niñas violadas, hijos de padres alcohólicos, nómadas. Eran basura». Miguel Ángel es el protagonista de su libro *El niño de Hollywood*, en el que sus autores radiografían a través de la vida de este pandillero, con más de 50 asesinatos a sus espaldas, cómo las maras se ocuparon de los territorios y las poblaciones por los que el Estado salvadoreño nunca se había interesado.

Así es como los pandilleros han conseguido seducir a decenas de miles de jóvenes para que cometan todo tipo de delitos en su nombre a sabiendas de que lo más probable es que terminen muertos o en prisión. Y gran parte de su actividad delictiva consiste en extorsionar a cualquiera que pueda pagar, que tenga un trabajo o que desarrolle algún tipo de actividad económica. Desde los conductores de autobús, los taxistas, los propietarios de las pequeñas tiendas de comestibles, los miserables vendedores ambulantes, hasta los gestores de multinacionales radicadas en estos países, como la empresa de telefonía móvil Tigo –la investigación fue publicada por *Elfaro.net*–. Sólo entre 2010 y 2015, fueron asesinados más de 1.000 profesionales del transporte por negarse a pagar el «impuesto de guerra», como le llaman los mareros.

Según un informe del centro de investigación estadounidense *The Dialogue*, el 42% de los pequeños negocios salvadoreños son extorsionados regularmente por las pandillas. La Asociación Nacional de Pequeños Comercios sostiene que la cifra supera el 80%. Esta misma entidad estima que cada mes cierran unas tres em-

presas en el país y que las familias propietarias, como la de Elisa y Marcos, están huyendo a España o uniéndose a las caravanas centroamericanas que intentan llegar a Estados Unidos.

Las extorsiones van desde los cinco euros semanales que pueden cobrar a los vendedores ambulantes a los 30.000 en el caso de las grandes empresas –con una paga extra por Navidad–, según una investigación de 2018 de la agencia Reuters. Uno de cada cuatro salvadoreños y salvadoreñas ha sido víctima de la extorsión de las maras, según una encuesta del Instituto de la Opinión Pública de la Universidad de San Salvador. Una sangría económica que está costándole a uno de los países más pobres y desiguales del mundo unos 665 millones de euros anuales, según un informe de *International Crisis Group* de 2017. Una suma que explica la cruenta batalla que libran las maras entre sí por controlar el territorio: cada barrio, cuadra y esquina representan ingresos, ya sea a través de la extorsión o de la de venta de droga. Además de tratarse de una cuestión de reputación, un valor fundamental para la guerra simbólica que libran las maras, muy parecidas entre sí más allá del nombre y algunos ritos y emblemas.

El momento de la extorsión es uno de los escenarios más expuestos para los mareros, por lo que a menudo la pandilla destina a esta labor a los niños, niñas y adolescentes por ser más difícilmente identificables por sus víctimas y por la policía. De lo recaudado, se quedarán una ínfima parte. El resto se destinará a la compra de armas, a engrasar el tráfico de drogas y a apoyar a las familias de los miles de mareros encarcelados. Se estima que en El Salvador uno de cada tres pandilleros está preso, más de 20.000 en total. Lo que no significa que dejen de operar cuando están tras los barrotes: como en el caso de María Elisa, a menudo son los cabe-cillas encarcelados los que extorsionan vía telefónica.

Y paradójicamente, a menudo los mareros presentan esta extorsión a sus víctimas como la prestación de un servicio de seguridad privada, como ocurre en otros países en los que los grupos paramilitares también actúan con total impunidad. Les obligan a pagar para evitar ser atacadas por ellos mismos, el *súmmum* del cinismo •

Esteban y Unai

Prohibido el amor

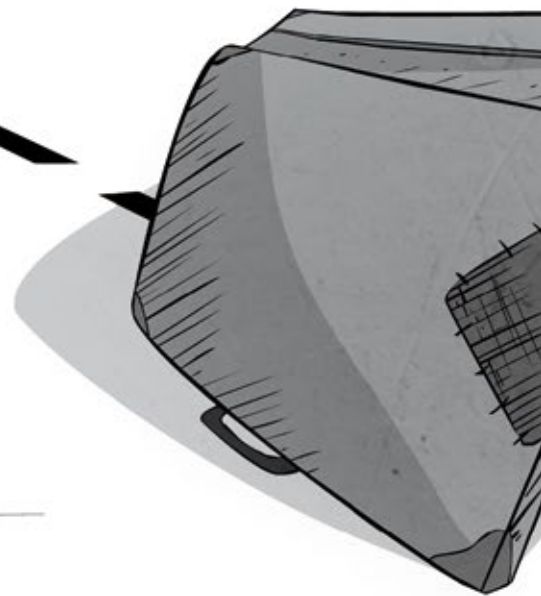
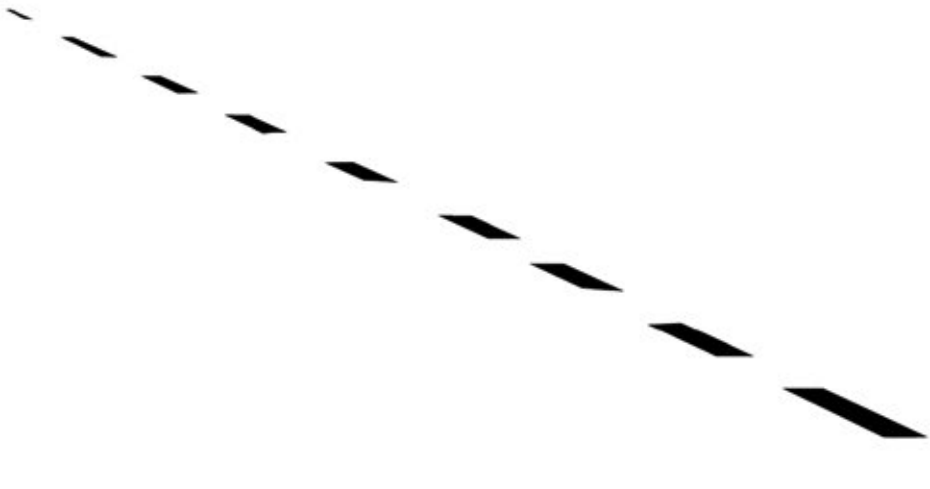
De pequeño quería volar. Jugaba a imaginarme volando. Mis padres me decían que era imposible, que los humanos no volamos. Se equivocaban: primero aprendí a volar con la danza y el teatro. Después, me tuve que volar con mi amor para ponernos a salvo. Y ahora es gracias a que sé, a que sabemos volar, que mantengo la cordura, la paciencia ante tanta espera, la serenidad frente a toda esta incertidumbre que lo abarca todo, que se lo come todo.

Convertirte en refugiado significa, además de perder tu hogar y tu vida anterior, perder el control sobre tu vida. Dicen que esa es la peor condena de los presos, no poder decidir nada: cuándo te levantas o te acuestas, cuándo o qué comes, cuándo quieres caminar o estar atechado, cuándo ver la tele o dejarte envolver por el silencio y la oscuridad.

Cuando llegas a un país buscando refugio, una de las primeras cosas que descubres es que el tiempo ya no es tuyo y que quien quiera que sea quién decide su gestión no se atiene a una lógica; o al menos, no te hace partícipe de ella. El calendario empieza a aparecer salpicado de citas a seis meses vista: cita con la Policía, con la Oficina de Atención al Refugiado, y con un montón de siglas que no sabes qué significan. Citas tan ansiadas como temidas, una ruleta rusa: todo o nada. Y luego están las citas con las entidades sociales que gestionan la acogida, con su psicóloga, con la orientadora para los cursos de formación laboral... Citas a las que nos asimos con reconcomio porque dan una apariencia de avance a nuestras vidas: más cerca de estar mejor psicológicamente, de conseguir un trabajo, de emanciparnos de nuevo —ahora del centro de acogida, de la ayuda para sobrevivir—, de volver a ser adultos e independientes; de dejar de ser un refugiado, o mejor dicho, un proyecto de refugiado, para ser yo: Esteban.

Todo iba bien hasta que empezaron a cobrar el impuesto de guerra al negocio de mi mamá. O hasta que les dio por amenazar a mi novio. O en realidad nunca fue bien del todo, aunque nosotros decidiéramos no verlo mientras pudiésemos. Ahora creo que llevábamos toda la vida preparándonos para enfrentarnos al momento de la verdad: ¿cómo iba a vivir una pareja de homosexuales en un país tan homófobo y machista como Honduras? Pero, sobre todo, ¿cómo íbamos a construirnos una vida sana, transparente, normalizada, cuando quienes lo controlan todo nos tienen como objetivo a abatir? ¿Acaso puede un pájaro volar con las alas ocultas? Esteban pensaba que sí, hasta que aquella noche se las partieron.

Cuando digo que soy bailarín, lo primero en lo que la gente piensa es en que tengo que entrenar muchísimo y estar en muy buena forma. Cuando uno empieza a bailar, a conectar con su cuerpo, lo primero que descubre es que la energía, la fluidez, el ritmo está en la mente. Y pese a mi conocimiento experiencial de esta conexión, cuando mi cuerpo me abandonó, tardé tiempo en entenderlo, en aceptarlo, y mucho más en sanarlo. Había pasado un año entero oculto en otra ciudad, comunicándome con Unai sólo por teléfono, ambos volcados en juntar la plata para poder comprar los pasajes, en reunir toda la documentación necesaria, en informarnos sobre España, su mercado laboral, sus universidades, todo. Y cuando lo conseguimos, cuando nos encontramos aquí a salvo, juntos, con toda una vida por delante, me vacié. No fue derrumbe, ni desmoronamiento, ni hundimiento como podría pensarse. Fue vaciamiento, tanto que hasta había cierta serenidad en ese ser inerte en el que me convertí. A esa falta de control sobre los tiempos del refugiado, se une una relación extraña del cuerpo con los minutos, las horas, las semanas, los meses: hay una parte del cuerpo que se atrofia con la sensación de inacción,





como si todo ese tiempo que sobra a borbotones se acumulase en forma de grasa en las extremidades, sobre los párpados, en la comisura de los labios, en los dedos, en la lengua. Y un cansancio vetusto, rancio, ajeno, intruso, se acuesta contigo en la cama, te persigue por los pasillos hasta el sofá, te empuja al abandono hasta del pensar. Y no piensas porque no puedes ni andar, y porque ni andar puedes, no piensas. Tanto volar, tanto reparar las alas, para conseguir aterrizar en un nido seguro y esponjoso y descubrir que estás tan solo, tan solo, que sólo te acompaña la persona a la que más amas. Y es que, al contrario de lo que se pudiera pensar, una sola persona a la que amar y que te ame es insuficiente, como no te puedes alimentar sólo de tu plato favorito, ni vivir sólo de respirar aire limpio. Me faltaba mi familia. Tanto.

A esto que me pasó cuando llegué a España los psicólogos le llaman 'síndrome de Ulises' por las numerosas adversidades y obstáculos a los que tuvo que hacer frente el mito griego, solo y lejos de sus seres queridos. Yo me sentiría más identificado con el 'síndrome de Ícaro', el mito griego al que su padre le construyó unas alas uniendo plumas con hilo y cera para poder huir de la isla donde Minos les tenía retenidos. El joven voló demasiado alto y el sol derritió las costuras melosas. Hay personas a las que no les está autorizado volar demasiado alto en este sistema.

Pero aquí estamos, vivitos y aleando.

Trabajo desde que cuento con ocho años, así que mi día a día siempre ha sido estudiar y trabajar en el puesto de alimentación de mi mamá. Allá le llaman pulpería o mercadito. Servía a los clientes, organizaba los pedidos, mantenía en orden el almacén. Vivía feliz siendo un niño con obligaciones, y no porque me tomase las obligaciones como un juego. Los niños que trabajamos sabemos perfectamente diferenciar entre ocio, diversión, chanza, y trabajo. Pero cuando el trabajo es un esfuerzo compartido de toda la familia, se compatibiliza con los estudios y te sientes cuidado, protegido y amparado como niño por los adultos, no se siente un robo de la infancia, sino una responsabilidad más.

Al principio aprendimos a convivir con las maras, que empezaron a hacerse fuertes en 2013. Nuestro barrio era ya peligroso y lo fue mucho más a raíz de que empezaron a asentarse los mareros y reclutar a hijos de nuestros vecinos. Se la pasaban en la pulpería y les teníamos que servir como si nada. Ya sabes, el famoso «Ver, oír, callar» que han impuesto las pandillas en Centroamérica. Lue-

go, vino la extorsión semanal; después, empezaron a pasar dos veces por semana y ya no ganábamos lo suficiente para poder pagarles a ellos y vivir nosotros.

Cuando salíamos de estudiar, nos la pasábamos juntos en el negocio de la familia de Unai o en su casa. Un día, al salir del barrio, me interceptaron en esas fronteras invisibles que han establecido con sus check points. Empezaron a soltarme preguntas como escupitajos: que qué era lo que yo tenía con Unai, que por qué iba tanto a su casa, que no volviera por ahí porque yo era de un barrio de la pandilla enemiga, que ya me llevaban chequeando mucho tiempo, que no volviese si no quería...

A partir de entonces sólo nos mirábamos en la universidad, donde estudiábamos Psicología, Teatro y Danza. El miedo atravesaba cada momento de nuestras vidas cuando empezaron a llamarnos por teléfono y a exigirnos que fuésemos con ellos a una zona que llaman 'El campo', un descampado donde hacen de todo: violan, torturan, matan. Yo cambié dos veces de número de teléfono y siempre terminaban localizándome. Era un terror. Una tarde, a la salida de un ensayo para un espectáculo que estábamos preparando para un festival, pararon el bus en una zona muy solitaria que estábamos atravesando, nos tomaron y dijeron al chófer que siguiera su camino, que él no había visto nada. Intentaron llevarnos al descampado, discutimos, me opuse, y me pegaron una paliza. Cuando desperté en el hospital, dije que me había caído de una bicicleta. Nunca sabes quién te puede oír.

Mi mamá está feliz de que esté aquí aunque me extrañe: prefirió soltarme a que me mataran allá. Cuando llegamos no sabíamos que podíamos pedir asilo. No es que seamos tontos, sino que hay mucho desconocimiento sobre esa cuestión. Pensaba que el asilo sólo era para políticos. Alguien nos contó y pedimos cita. Era octubre y nos la dieron para mayo. Ojalá acepten nuestro caso y podamos residir legalmente aquí. Y si nos lo deniegan, nos quedaremos igualmente. Allá no hay opción.

Las maras muestran ese odio hacia las personas homosexuales porque es su forma de sentirse con poder, que es lo único que les interesa. Nos humillan, nos someten por nuestra orientación sexual y nos obligan a ocultarnos. De esa manera son ellos los que imponen su ley, su orden social, su modelo de sociedad.

Nuestro proyecto en España es volver a la Universidad y acabar nuestros estudios en Psicología y Artes Escénicas, pero para eso necesitamos conseguir los papeles y estabilidad económica porque ahora necesitamos trabajar a tiempo completo para sostenernos.

He vuelto a bailar un poco. La danza es la fuente a la que puedo ir a refrescarme, es el medio por el que canalizo mi energía; me permite olvidarme por un rato de ciertas cosas, crear otras historias... Y todo eso cuando bailo solo, imagínate el poder que supone transmitir sensaciones al público.

Creo que si sigo vivo y con ganas de salir adelante y luchar se lo debo al teatro y la danza. Gracias al arte he aprendido a valorarme, a tener paciencia y tolerancia con todo esto que estamos viviendo. A alzar el vuelo y sobrevolarlo cuando me ahogo •



El trauma colectivo que producen las maras

El psicólogo y sacerdote jesuita español Ignacio Martín-Baró dedicó su vida al estudio y a la enseñanza de la Psicología en El Salvador, un país en el que luchó contra la desigualdad, la injerencia de Estados Unidos y la injusticia desde los postulados de la Teología de la Liberación.

Es el gran referente de la Psicología Social latinoamericana, especialmente en sus ramas comunitaria y política. Por ello, sus aportaciones son especialmente pertinentes para el abordaje psicológico de las consecuencias de la violencia ejercida por las maras. En este sentido, Martín-Baró define el trauma como un fenómeno psicosocial ya que, además de la herida que deja en una persona una experiencia difícil o excepcional, hay que entender cómo los procesos históricos pueden afectar a toda una población.

Por ello, es fundamental que cuando las personas refugiadas llegan al país de acogida reciban, entre otros apoyos y medidas de acompañamiento, atención psicológica. Van a tener que afrontar una etapa llena de situaciones estresantes, a la par que hacer frente a las pérdidas materiales, emocionales, relacionales que supone dejar atrás un proyecto vital sin poder planificar nada para la nueva vida. Necesitan elementos de sostén humanos y materiales para afrontar el duelo por la vida perdida y para construir una, en la que tendrán que aprender nuevas habilidades, costumbres y códigos, formarse para buscar empleo en un mercado laboral desconocido y tejer un entorno en el que reconstruirse a sí mismas. Un proceso que las personas refugiadas suelen tener que afrontar en soledad.

Maritxu Mayoral es psicóloga de CEAR Madrid y atiende a solicitantes de asilo por distintas razones, incluida la violencia de las

maras. En su experiencia ha detectado como ese trauma psicosocial que conceptualizó Martín-Baró tiene una repercusión directa en el trauma individual de las personas que atiende. En la violencia de las maras, como explica, «no es fácil identificar a los bandos o al enemigo como en otros tipos de conflicto. Cualquiera puede ser de la mara: un vecino, un amigo o un familiar. Son contextos con una violencia estructural que va más allá de la mara: está también en las instituciones, en la familia, está en todas partes». Un escenario que produce una total desconfianza hacia los demás «porque el marero que ha acabado con tu vida familiar puede ser el hijo de un vecino», añade «Esta desconfianza resulta una barrera a la hora de generar nuevos vínculos, tanto en la comunidad de acogida como con los y las profesionales que trabajamos con ellas. Y se intensifica muchas veces con sus compatriotas, lo que afecta a la convivencia en los dispositivos de acogida y a las posibilidades de la intervención grupal», subraya Mayoral.

En general, para las personas que han vivido situaciones traumáticas, y en particular, las que han sufrido la violencia de las maras, una de las tareas más difíciles es ponerle palabras a lo vivido porque, por definición, el trauma es inenunciable. Por ello, uno de los ejes del trabajo de Mayoral como psicóloga es acompañarles en la elaboración de una narrativa de lo vivido. La forma en que las maras se instalan en el territorio y desgajan a la comunidad tiene repercusiones específicas en el post-trauma, como son el silencio, la desconfianza, el miedo, la culpa, la indefensión... El trabajo terapéutico lo tiene que tener en cuenta y trabajar desde la perspectiva individual, social y comunitaria.

Pero todas estas dificultades son salvables, como muestra el testimonio de Esteban y Unai, con el paso del tiempo y con un acompañamiento que les reconecte con sus potencialidades y capacidad de resiliencia. Por eso resulta tan frustrante, como explica Mayoral, que después de una intervención en la que resulta obvio que estas personas necesitan protección, el sistema se la deniegue. «Después de trabajar con ellas la confianza, la sensación de seguridad, la construcción de un nuevo proyecto vital, llega la resolución negativa de su solicitud de asilo, que suelen interpretar como que no creen su relato. Eso inflige un nuevo daño». Sin reconocimiento en términos de verdad, justicia y reparación es muy difícil la recuperación •



Milagros y Jonathan

Huir para salvar a tu hija de la esclavitud sexual

A veces mi hija me culpa de no haber estado con ella cuando más me necesitaba. La entiendo, era demasiado pequeña para tener que afrontar una nueva vida sola en otro país, pero al menos la tengo, viva: al menos está viva.

Teníamos una vida normal. Hasta que mi hija mayor cumplió once años y vinieron los de las pandillas para reclutarla. Por aquel entonces, si la secuestraban los de la MS-13, la tenían que violar trece pandilleros como rito de iniciación; dieciocho si eran los de Barrio. Ahora ya no es así: ahora les ordenan asesinar. Así que no nos quedó otro remedio que enviarla a España con una amiga.

Durante años sólo nos pudimos comunicar por teléfono. Hasta que mi otra hija cumplió también once años. Otro pandillero empezó a acosarla para que fuese su novia. No quería ir al colegio porque allá hasta las escuelas están atrapadas por las maras: si un profesor o profesora intercede por un alumno ante el acoso de un pandillero, los matan. Una noche nos dispararon como advertencia de lo que nos pasaría si no entregábamos a nuestra niña: «si no es mía, no será de nadie», nos dijo. Como si las personas fuesen mercancías, como si las niñas y las mujeres no fuésemos otro destino que ser su propiedad.

Viajaba por todo Centroamérica como transportista, así que fui testigo de cómo las maras se fueron tomando el control de la región a lo largo de la década de los noventa y principios de los 2000. De repente, gran parte de nuestros esfuerzos como padres y madres tuvimos que dirigirlos a proteger a nuestros hijos e hijas, tenerlos bajo llave en casa sin que pudiesen salir a la calle ni siquiera para jugar. Toda nuestra obsesión era ponerles a salvo de la violencia, evitarles que pudiesen ver matar a

alguien en frente de ellos. En esas estábamos cuando pensábamos que la situación no podía empeorar, y de repente, nos llegó una amenaza de muerte contra mí y mi familia. Fue entonces cuando decidimos emprender el viaje hacia Estados Unidos, a sabiendas de que en ese éxodo muchos compatriotas habían encontrado y siguen encontrando la muerte.

Hicimos parte del camino a pie, otras en autobuses y en furgonetas. Nos costó mucho, demasiado, ¿verdad? Pero finalmente conseguimos pasar la frontera mexicana y tocar suelo estadounidense.

Así que tuvimos que salir huyendo, perdiendo nuestra casita y mi negocio: una tienda de ropa por la que tenía que pagarles una extorsión mensual para que me dejasen tranquila. Nos escondimos en una zona rural, pero sabíamos que en cualquier momento nos podían encontrar. Así que nos vinimos a España. La policía nos dijo que podíamos pedir asilo, pero mientras lo solicitábamos, pasamos unos días en la calle porque cuando llegas no sabes a quién acudir, ni nada. Eres como un extraterrestre que no termina de tocar tierra. Ya reunida con mi hija mayor, vivimos catorce meses en un centro de acogida de refugiados. Y después, otra vez a la calle. Hasta que Cáritas nos volvió a dar un lugar donde vivir con ellos. Recuerdo ese año borroso, como si lo observase desde fuera, como si cada día me despertase y creyese que estaba a tiempo de remediarlo todo, empezar de nuevo, evitarles a mis hijos todo aquello. Un día recibimos una llamada: habían matado a mi primo, de dieciséis años, delante de mi abuela. Fue en la casa donde nos habíamos escondido nosotros. Lo mataron en represalia por nuestra huida. Seis disparos: ¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum! Así nomás, como si fuese un perro. Y ni a la Policía avisaron por temor a enfurecerlos más, porque hay muchos policías vinculados con las pandillas.

En Estados Unidos nos denegaron el asilo y nos ordenaron volver a Centroamérica, pero sabíamos que no podíamos retornar. ¿A qué? ¿A dejarnos matar? Así que seguimos hasta Canadá, donde aceptaron a trámite nuestra solicitud de protección internacional. Un día, nos llama la familia para avisarnos de que han asesinado a mi primo, que tenía mi mismo nombre y apellidos, y a su esposa. Pensaron que éramos nosotros. Seguíamos en Canadá, intentando construirnos una vida, cuando dos años después de llegar, nos comunican que nos han denegado el asilo, de nuevo, porque el problema de las pandillas no está recogido en los tratados internacionales como las guerras, la persecución por motivos religiosos o políticos... Hay un vacío que convierte a esta legislación en injusta porque ¿acaso no está nuestra vida en peligro igualmente? Dejar tu país es la última opción, ¿verdad? Si la tomamos es porque no tenemos otra alternativa.

Cuando me dijeron que me habían denegado el asilo, me derrumbé porque no podíamos volver a El Salvador. Miren cómo están matando a los que está deportando Trump de Estados Unidos. Chicos y chicas que quizás ni siquiera tenían problemas con las maras cuando marcharon del país, pero es que, por el mero hecho de llegar nuevo a un barrio, te genera problemas con ellos. No creo que acá se pueda entender la dimensión de lo que está pasando: cuando tuve que mandar a mi hija mayor a España fue porque ya le habían dicho qué día y a qué hora tenía que estar en un lugar para 'brincarla', para violarla trece pandilleros para meterla en la mara. Por aquel entonces, los chicos tenían que aguantar que les golpearan 13 minutos y las chicas que las violasen trece mareros. Entonces la tuve que enviar para aquí sí o sí.

Cuando nos llega la orden canadiense de deportación, decidimos retornar voluntariamente. Ya de vuelta, un día iba caminando con mi hija cuando unos mareros nos pararon en un parque. Iban armados. A mí me tumbaron en el suelo boca abajo mientras uno de ellos me inmovilizaba con su bota aplastada contra mi cara. El resto violaron a mi hija. Sabía que si intentaba hacer algo, la matarían. Aún me pregunto si actué correctamente. Pusimos una denuncia, a sabiendas de que parte de la Policía está aliada con las maras. Aportamos los exámenes médicos, y aún así la desestimaron. Fue entonces cuando compramos los pasajes para venimos a España.

Un año y medio después de solicitar asilo en España, nos lo denegaron. Nuestro abogado recurrió, y nos lo han concedido. Pero

mientras, nos quedamos sin documentación y sí, hay sitios donde te dan de comer, pero no para comprar el pan para el bocadillo del colegio de los hijos. Y sabe, aquí afortunadamente la educación es obligatoria y gratuita, pero un día me llamó la orientadora del colegio para decirme que como mis hijos volvieran a ir sin bocadillo para el recreo....

Ahora que vivimos todos juntos en un pisito en Madrid me doy cuenta de que nos robaron todo, hasta lo que teníamos que haber vivido, compartido juntos, como cualquier familia. No sé relacionarme con ellos: los miro y siento lástima. Yo tampoco soy la misma: pierdes mucho cambiando de país cuando no es lo que deseas, teniendo que volver a reconstruir una vida, una identidad, unas relaciones familiares que se han roto. Te vuelves una desconocida incluso para ti misma.

Pero hay que seguir adelante. Estoy estudiando un curso de asistente de dirección porque me encanta el trabajo de oficina, que es lo que hacía allí; pero, sobre todo, por la esperanza de que eso me sirva para conseguir un trabajo y un salario con el que sacar adelante a mis hijos. En el futuro me gustaría poder hacer algo con ellos que puede parecer una tontería, pero no lo es: disfrutar con ellos aquí en España. Es que es penoso no haber podido disfrutar un sólo día de ir a comer juntos, pasear, ser algo más que refugiados, ser personas con su cotidianeidad.

Pensábamos que en España nos iban a dar la protección que necesitábamos para salvar nuestras vidas, para poder encontrar algo de tranquilidad. Pero tras pedir asilo, nos lo denegaron dos años y medio después. Ahora hemos conseguido los papeles, pero por arraigo, porque llevamos aquí más de tres años. Hemos hecho cursos para formarnos laboralmente y mis hijos han encontrado trabajo. ¿Sabe lo que es poder dormir tranquilos por saber que no vamos a ser deportados en cualquier momento? ¿Que lo poco que comemos nos caiga bien porque sabemos que estamos seguros? Sabemos que el papel del permiso de residencia que llevamos en la cartera no es una coraza de hierro, pero así se siente: como si te otorgara el derecho a ser respetado y a empezar a creer que quizás, quién sabe, no tengamos que volver a emprender la huida: que por fin un país nos ha reconocido nuestro derecho a vivir, a seguir vivos •

La guerra de las maras contra las mujeres

Las mujeres hemos crecido en todos los lugares del mundo conscientes de que en cualquier momento podría alcanzarnos el zarpazo final del patriarcado, ya fuese en forma de acoso callejero, violación o feminicidio; o todo junto, o en diferido, pero con el mismo final. Y siempre a manos de un hombre, y normalmente tras años de advertencias por parte de nuestras madres, vecinas y conocidas de que tengamos cuidado, que restrinjamos nuestro deambular a determinados lugares o espacios.

Para lo que aún no estamos preparadas y, esperemos que nunca lo estemos, es para que una madre tenga que entregar a una niña de 11 años –en un lugar y hora determinados– a un grupo de trece o dieciocho jóvenes para que la violen durante días; quién sabe si para que la asesinen. O para que la conviertan en su esclava sexual y delincencial: para obligarla a cobrar las extorsiones a los vecinos, comerciantes y conductores del transporte público –ya que una niña sola es más difícilmente identificable como marera, y además no alcanza la edad mínima para ser juzgada–; para que transporte y venda droga, para que vigile a los niños y niñas en el colegio y les intimide, chantajee y acose para que también ellos y ellas ingresen en la mara; para usarlas, vaciarlas y desecharlas.

Porque la mara es una trituradora insaciable de vidas: el feminicidio es la principal causa de muerte entre las mujeres jóvenes del Triángulo Norte. Y la mayoría de estos asesinatos por violencia machista son cometidos por las maras como rito de iniciación o de transición a la etapa adulta, como castigo hacia la joven o hacia su entorno, como práctica coral para estrechar lazos entre los pandilleros o como manifestación de la deshumanización endemoniada por la que han escalado las maras.

El Comité de los Derechos del Niño y la Niña de las Naciones Unidas documentó 1.029 casos de violencia sexual contra niñas

de entre 13 y 17 años en El Salvador sólo entre enero y agosto de 2017; la violación fue el delito más repetido: 769 casos.

La ONU identificó casos de niñas de hasta diez años que se quedaron embarazadas tras ser violadas por miembros de las maras. En un país donde el aborto es ilegal en todos los casos desde 1998, y hablar de derechos sexuales y reproductivos de las mujeres un tabú, no debería extrañar que la mayor causa de muerte entre las numerosas adolescentes embarazadas sea el suicidio. Cuando no las matan, las empujan a que sean ellas mismas quienes se maten, porque no hay asidero institucional al que agarrarse: el 90% de las violaciones denunciadas entre 2013 y 2016 quedaron impunes y estos sólo representan la punta de iceberg.

Estos porcentajes y estrategias feminicidas que las maras adoptan contra las mujeres se corresponden con las violencias sexuales machistas que afloran como arma de guerra en todo conflicto.

De niñas soldado a matrimonios forzados

El reclutamiento forzoso de menores por parte de las maras debe entenderse desde el prisma del niño y niña soldado, un marco de análisis ya estudiado y aceptado en numerosos conflictos bélicos que permite recuperar la consciencia de que son menores a los que se les ha robado la infancia obligándoles a cometer todo tipo de ignominias que les quiebra su salud mental, su propia capacidad de dimensionar sus actuaciones y sus lazos personales y familiares. Volver a verlos desde este prisma favorece la búsqueda de una salida pacífica al contexto de violencia estructural que vive el Triángulo Norte, para la que tendrá que darse un proceso de justicia, verdad, reparación, pero también reconciliación, que será imposible mientras la sociedad sólo se alimente del discurso criminalizador y binario del ellos –los mareros delincuentes– versus el nosotros y nosotras –sus víctimas, la ciudadanía–.

Así pues, hay que entender que el proceso para reclutar a estas niñas soldado suele durar unos dos o tres años y que puede iniciarse cuando tienen siete u ocho. Durante esa primera etapa, se las trata como ‘simpatizantes’ de la mara y se les empieza a fidelizar mediante el encargo de pequeñas tareas. Como hemos visto, es a partir de los once años cuando

se les destina a la extorsión para, aproximadamente, un par de años después, obligarlas a pasar por el rito de ingreso – consistente en ser violada colectivamente o asesinar a quien se le pida–.

Muchas de las niñas que se embarcan en este proceso proceden de familias desestructuradas y/o empobrecidas, y llegan a la mara buscando amparo, un sentido de pertenencia, sustento económico –aunque diversos estudios apuntan a que sus integrantes no ven mejorar sustancialmente su calidad de vida– e, incluso, protección ante el avance en sus territorios de maras contrarias.

Pero si eres niña –muchas no llegan a la etapa adulta– supone también ser esclava sexual. A veces, mediante matrimonios forzosos con mareros, a los que quedarán sometidas incluso cuando éstos ingresen en prisión. La sospecha de infidelidad será castigada con su muerte a manos de los pandilleros encargados de vigilar el cumplimiento del código moral estable-

cido por las maras. Otras veces, son explotadas sexualmente como una fuente más de ingresos para la clicca.

El Salvador es uno de los países del mundo más peligrosos para ser niña o mujer: la violencia feminicida se ha duplicado en los últimos cinco años. De 217 asesinatos de mujeres en 2013 a 574 en 2017. Es una epidemia, como la ha catalogado la Organización Mundial de la Salud, que termina difuminándose entre los doce homicidios diarios que desangra este país de poco más de seis millones de habitantes, una población equivalente a la de la Comunidad de Madrid.

En diciembre de 2017, el periódico salvadoreño El Faro publicó el caso de un reconocido presentador de televisión y un empresario donante de uno de los dos principales partidos políticos que, junto a otros dos hombres, fueron declarados inocentes de prostituir a una menor de edad porque los tres jueces no creyeron que tuviese 13 años en el momento del delito. “Aparentaba ser toda una señorita”, adujeron •



Débora y Vladimír

Cuando la Policía es parte de la amenaza

Me educaron pobremente. Fue una historia muy cruel cómo vinieron mis hijos, porque vinieron por venir, sin consentimiento, fruto de violaciones. De novios, él llegaba a casa de mi mamá y me tocaba a la fuerza. Así me quedé embarazada a los 19 años. Ahora me da cólera conmigo misma no haber sabido defenderme, ser tan burra, pero así era: esos fueron los –erróneos– patrones de comportamiento que mi mamá me inculcó, los mismos que le enseñaron a ella. Quince años después me separé: ya no aguantaba más compartir lecho con aquel hombre, que me tocara, que me mirara. Entonces él se negó a pasarme la pensión para nuestros tres hijos porque, esto es literal, «no cumples como esposa». Tras muchas consultas en los juzgados, finalmente una abogada me recomendó que me fuese del hogar porque sin un trabajo estable y una vivienda a mi nombre no me iban a dar la custodia. Era 1999 y un año después de que tuviese que dejar a mis hijos con su padre, mi hija, con quince años, se quedó embarazada. Y su padre orgulloso, como si fuese un logro.

Marché del pueblo a una ciudad, donde abrí un pequeño comedor de yuca con chicharrón, pupusas y otros platos tradicionales salvadoreños. Pronto llegaron los de la pandilla 18. «No queremos a esos perros aquí», me ordenaron, refiriéndose a los policías que, como otros profesionales, comían en mi negocio. Los mareros se acostumbraron a venir a mi local, a coger lo que se les placía sin pagar, a la vez que me subían continuamente la cuota semanal de la extorsión. Llegó un momento en el que estaba trabajando para engordar a esos parásitos. Eché la persiana de un día para otro y, de nuevo, me tocó marchar y empezar una nueva vida, ahora como limpiadora en una empresa de otra ciudad. Llevo intentando vivir un montón de

vidas, pero pareciera que ninguna de ellas estaba para mí. En aquella ocasión, me di cuenta de que la cosa no iba a funcionar cuando empezaron a aparecer en las paredes de la compañía las letras góticas que los pandilleros pintan para avisar de su presencia. Una señal de lo que vendría después, porque no empezaron siendo ellos el principal problema.

Entré a la Policía bien joven, consciente de los riesgos que asumía. Sabía que iba a vivir 24 horas con un arma en la mano. Los primeros tres años los pasé patrullando por las calles y los últimos cinco investigando como policía secreta. Uno cuenta con que va a tener que enfrentarse con los mareros, muchachos cuyo aprendizaje se ha limitado a calibres, graduaciones del enemigo, técnicas de extorsión, huida, descuartizamiento. Pero cuando te ves apuntado por un niño de doce años y sabes que si no disparas tú primero, dejarás huérfano a tu hijo, todo pierde bastante sentido, todas las divisiones quedan un poco diluidas. Y aun así sigues, porque tampoco hay otra alternativa y porque en el fondo sigues creyendo que tu trabajo siembra algo de justicia cuando detienes a los asesinos, o cuando llegas a tiempo de salvar una vida –las menos de las veces–. Pero cuando descubres que la amenaza proviene de entre tus propios compañeros de patrulla, ya sabes que no hay lugar seguro. Ni para ti, ni para los tuyos.

Uno de los jefes de la maquila intentó abusar de mí cuando limpiaba su oficina. Conseguí zafarme de él, pero se vino un proceso bien grande porque los superiores creían que yo quería dinero y me obligaron a someterme a un polígrafo. Cuando me di cuenta de que me hacían todas esas preguntas porque no me creían me sentí casi tan mal como en el momento en el que aquel asqueroso me puso las manos encima. No me dejaron tranquila hasta que entendieron que lo único que quería era



conservar mi empleo. Claro que entonces empezó mi verdadero y estúpido calvario, porque mira que tiene formas absurdas y ridículas de enrevesarse el destino.

Una vecina, que había sido compañera en la maquila, me pidió prestados tres euros para comprar comida para sus hijos. Como no me los devolvía, se los reclamé. Desde aquel momento, cada vez que me cruzaba en la calle con sus hijos, de apenas diez y doce años, me decían: «Chavala, te vas a morir». Ya conocía esa forma de hablar, esa ostentación de la impunidad a la hora de amenazar. Al mismo tiempo, empecé a oír ruidos en el tejado de mi casa por la noche, pero pensaba que eran alucinaciones fruto del terror que me corroía. No pegaba ojo, dejaba la luz encendida, pero seguía diciéndome que no era para tanto, que la cabeza me estaba jugando una mala pasada, que los temores del pasado estaban boicoteando el presente. Hasta que un vecino me advirtió que alguien andaba en mi cubierta por las noches.

La mayoría de las casas allá, por muy pobres que sean, tienen varios cierres enrejados. Por ello, a menudo resulta más fácil desmontar y entrar por el techo. Qué casualidad que poco después otro vecino me ofreciese una cantidad ridícula por comprármela. Ahora me doy cuenta de que probablemente estuvieran confabulados. De todas formas, de haberlo sospechado en aquel momento, nada hubiese cambiado. Por segunda vez en mi vida estaba en el punto de mira de los mareros, y ya no me quedaban ciudades salvadoreñas en las que empezar de nuevo. Para entonces, ya todo el país estaba bajo el control de las pandillas. Y todo por los malditos tres euros. Ridículo. Injusto.

Tras el asesinato de un compañero de patrulla, hicimos un registro en la casa de uno de los sospechosos. Encontramos documentos con abundante información sobre los miembros de mi equipo de investigación: nuestros nombres y apellidos, el número de nuestros documentos de identidad, las matrículas de nuestros automóviles.... Podíamos imaginar que sabían algo de nosotros, pero no tanto, no todo. Sigo pensando que entre mi equipo no había infiltrados, pero compartíamos división con equipos de seguridad privada, y las maras se han hecho con el negocio de esas empresas.

En otra requisa me encontré con un marero que me hizo saber que éramos del mismo barrio, que conocía a mi familia. Días después, recibí mensajes en el móvil con fotografías de mi mujer

entrando y saliendo del hospital en el que trabajaba como enfermera. Me ordenaban dejar el cuerpo o abandonar el barrio. Era 2015 y estaba recién nacido mi bebé.

Me refugié en casa de una amiga mientras conseguía juntar el dinero necesario para comprar los pasajes a España. Cuando pienso en aquellos meses, no siento que fuese yo la que pasó todo aquel miedo, un miedo tan grande que había veces que empezaba a temblar en cualquier sitio y sentía que todo mi cuerpo brincaba, que cualquiera podía escuchar los latidos de mi corazón, que aquel dolor entre el pecho y el estómago terminaría por abrirse en forma de volcán y suturar toda aquella angustia. Aquí, cuando temen ser asesinados, llaman a la policía. Allá no tenemos a quién llamar porque todos pueden estar conectados. ¿Te imaginas esa soledad? ¿Ese abandono?

Nos dimos cuenta de que a veces, cuando llegábamos a la escena de un crimen, los jefes se cambiaban la camisa azul del uniforme por una blanca. Al principio no entendíamos la razón, hasta que descubrimos que era para que no les disparasen a ellos. Tomar conciencia de su complicidad fue devastador. Entender que a quienes les estás cumpliendo las órdenes, te están vendiendo... Hay una imagen que me vuelve una y otra vez a la cabeza. Fue un día que, como tantos otros, nos llamaron porque había una persona tirada en la calle. Cuando llegamos, estaba desmembrada, con los brazos y las piernas en distintas zonas de la calle; la cabeza, hecha añicos, era irreconocible. A su lado, una niña decía una y otra vez: «Es mi padre». Escuchar eso, ver esa escena, te destroza.

El día que llegué a España estaba lloviendo y yo no traía ropa adecuada: no sabía que aquí hay cuatro estaciones. Verme rebuscando en los contenedores de ropa es algo que nunca me habría imaginado antes de venir. O pedir comida en Cáritas.

Allí conseguí un trabajo como interna en una casa, libraba los domingos. Pero el señor mucho me maltrataba: a puro café la pasaba porque apenas me daban de comer; si me veía sentada en la escalera de la casa me gritaba que si no había nada que hacer, cuando llevaba trabajando desde las seis de la mañana. No entendía para qué me había ayudado Dios a llegar hasta aquí para condenarme a otro infierno. Fue entonces cuando una conocida a la que le había contado mi historia me informó de la posibilidad de solicitar asilo. Y en ese trámite estoy.

Primero vinieron mi mujer y mi hijo, mientras yo terminaba de conseguir el dinero para mi pasaje y cerraba bien mi despedida de la Policía. Al mes, cuando llegué al aeropuerto de Barajas, me devolvieron. Solicité asilo y me lo denegaron porque no contaba con ninguna documentación que acreditase que era policía y el riesgo que corría mi vida. Me devolvieron a El Salvador, donde unos hombres en un furgón me andaban buscando. Me escondí hasta que conseguí el dinero para volar de nuevo a España. Por desconocimiento pensaba que no podía volver a pedir asilo, así que no lo hice hasta un año después de estar aquí sin papeles y sobreviviendo gracias al apoyo de nuestra iglesia y de un compatriota que me llamaba de vez en cuando para trabajar como jardinero.

Obvio que tuve depresión cuando llegué aquí sin nada, pero tener a un bebé a tu cargo te empuja indefectiblemente a intentar salir adelante. Después de tres años en España y ya con el estatuto de refugiado, el permiso de trabajo y de residencia, todo empieza a encauzarse: por fin vivimos en un piso independiente, sin tener que compartir alojamiento; yo estoy trabajando como reponedor en un supermercado y mi mujer está haciendo cursos para reciclarse profesionalmente.

Salvo el contacto que mantengo con mis hijos, evito saber qué está pasando allá, no leo la prensa ni las redes sociales. ¿Por qué? Porque todo es «desaparecieron a 18, a 17, a 12». Duele, porque si los desaparecen es porque no quisieron entrar en las maras. Es raro que les dejen reconocibles. Así mataron a

mi sobrino, que era como un hijo, o un hermano, porque lo crié yo después de que mi hermana muriese cuando él tenía sólo tres años. Lo mataron cuando acababa de cumplir 33: de siete balazos, cuando iba a trabajar. ¿Se puede creer que no podemos ni preguntar por qué lo mataron? Allá está prohibido hasta investigar por qué asesinan a la gente. Estamos coartados hasta para hablar de lo que pasó. Envían mareros a vigilar en los velorios, a escuchar y ver qué se dice en los entierros. Así que no se toca ese tema: murió y ya.

Me gustaría que en España se entendiese que no hemos venido a turistar, ni a que nos solucionen la vida. Hubo una persona que me dijo que si yo andaba huyendo sería porque debo algo en mi país. Su comentario me hizo entender que mucha gente ignora lo que está ocurriendo en Centroamérica.

Ojalá en mi país pudiéramos luchar por nuestros derechos. Pero allá si un policía hace huelga, protesta o denuncia anomalías, es señalado por los superiores como molesto. Te trasladan lejos de tu familia, te ponen un horario peor... Así que en la Policía también rige el famoso "Ver, oír y callar".

Entiéndame: no estoy acá para hacerme rico o para tener lo que no tuve en mi país. Tenía mi trabajo, un coche, una casa; mi esposa era enfermera y nos daba para vivir bien. Estamos aquí para que mi hijo siga vivo y para no dejarle huérfano •



Emily

Las mujeres más odiadas por las maras

É que acá estoy segura, pero mi familia está allá, y ese es el gran miedo. Hace poco, me desperté con un audio de Whatsapp de un número desconocido en el que me preguntaban por mi mamá con una jerga parecida a la que emplean los mareros. Llamé a mi hermano y no contestaba. En Honduras era de noche. Me puse tan mal pensando que ya habían matado a lo más preciado que tengo, que llamé a una amiga de CEAR. Eran las seis de la mañana: no podía hablar, me asfixiaba, sentía que me moría. Poco antes habían asesinado a un primo que había huido hasta Nueva York y allá mismo lo finaron en un parque. Al final el audio era una broma de mal gusto de una antigua compañera del instituto que no sabía nada de lo que me había ocurrido. Allá no lo sabe nadie.

Mi papá nos dejó cuando yo tenía dos años, como pasa tan a menudo en Centroamérica. Así que a mi mamá le tocó trabajar todo el tiempo. A veces, nos pagaba a una cuidadora, pero normalmente estábamos los cuatro hermanos solos. Ellos eran todo mi mundo porque mi mamá no nos dejaba salir a la calle a jugar con otros niños: era de la escuela a la casa y de la casa a la escuela.

A los ocho años ya trabajaba limpiando por las tardes en una zapatería. A esa edad empecé a soñar con chicos, a interesarme por la ropa de las niñas y cuando me preguntaban en el colegio que por qué era así, les contestaba lo que pensaba: que iba a nacer niña, que algún día sería niña.

Cuando me gradué en la educación primaria, volvió mi padre y pagó el ingreso al instituto. Pero dejó de pagar poco después: de nuevo, desapareció. Esto no es nada excepcional, él es así, y así lo vivimos, como si fuese un satélite que provoca un eclipse

momentáneamente, y adiós, y ya. Y yo, como el sol, puntual, previsible, monótono, de vuelta al trabajo a mis doce años, ahora de vendedor, ahora a tiempo completo, en una tienda mientras estudiaba de noche. Un clásico, un cuento de Disney: el niño pobre que tiene que trabajar tras ser abandonado por su padre. Hasta ahí, lo normal.

La tienda en la que trabajaba era de artículos de fiesta, pelucas, maquillaje corporal... Un sitio ideal para satisfacer esa curiosidad que había tenido siempre por saber cómo me vería de chica: me compraba pelucas, zapatos, vestidos, y los escondía debajo de mi cama. Obvio que mi madre sabía, y porque sabíamos que sabía no hacía falta verbalizarlo. Muchas de las conversaciones más trascendentales transcurren en silencio: son las que se basan en el acuerdo tácito del respeto, las que se podrían resolver con un «si tú estás bien, yo estoy bien», o un «no lo entiendo muy bien, pero te quiero y eso es lo importante», o un simple «te respeto». Hay silencios que dicen todo eso pero mucho mejor, como el que mantuvimos mi madre y yo sobre esa cuestión. Y luego están los ruidos, los gruñidos, las zarpas que suenan a «maricón», a «culero», como me soltaba mi hermano para herirme. Bendito sea el silencio.

Yo salía de casa vestido de chico, me encontraba con dos amigos e íbamos a algún sitio a cambiarnos para salir como chicas. Empezamos a participar en concursos de belleza y a trabajar como voluntarias en una organización a favor de los derechos de las personas trans. Fue un tiempo de diálogo con el espejo, de empezar a ver la mente que hay en todas las partes del cuerpo, y cómo el cuerpo está todo el tiempo en la mente; de saber cuántas yo puedo ser y cuál de todas ellas prefiero ser. Pero siempre temiendo ser descubierta, con premura, sin un espacio propio



en el que sentirme segura, y desde muy pronto conociendo el despiadado amor-odio que muchos hombres sienten por las mujeres trans, una irrefrenable atracción que les hace odiarse a sí mismos y atacarnos a nosotras.

Una noche, en el camino de vuelta de la discoteca a la que había ido a bailar, empecé a escuchar silbidos. Se acercaron tres chicos y cuando escucharon mi voz masculina, me insultaron y me empujaron a un terraplén, de esos que utilizan como vertedero para la basura. No podía agarrarme a nada porque había cosas que cortaban. Los cristales se me clavaban en los pies cuando fui a levantarme, sentía que me estaban tirando piedras desde arriba. Salí corriendo y tanto era el miedo que ni sentía el dolor. Pensaba que ahí se acababa todo porque si te agarran te pican. Literalmente.

Cuando llegué a casa me duché y empecé a darme cuenta del daño que me habían hecho. Cuando mi mamá vino a verme a la habitación por la mañana, me encontró bajo las sábanas ensangrentadas, con heridas por todo el cuerpo. Le dije que me había caído por una cuesta porque había tomado, y una vez más aceptó que no hacía falta hablar de aquello, que estaba bien así. Me quedé un mes sin salir de casa para evitar que los vecinos especulasen sobre lo que me había ocurrido, no por mi reputación sino por la de mi familia.

Un domingo, salí a comprar comida y me pararon unos mareros. Se había corrido el rumor entre ellos de que había una trans a la que habían tirado por una cuesta y me reconocieron cuando vieron mis cicatrices. Me rodearon y me empezaron a dar patadas y puñetazos mientras me gritaban «culero hijo de la gran» y palabras duras: «te vas de la colonia porque no te soportamos acá», «no queremos maricones, acá están prohibidos», «no te queremos ver en la calle» y «si no te vas, te vamos a ir a pelar al río».

Tenía que salir de ahí, así que me fui a casa de mi novio que vivía en una aldea a cuatro horas de distancia. En los siguientes días me dediqué a informarme en una asociación de personas trans, a hacer llamadas a amigos para que me prestasen dinero. Contar esto me pone muy mal, de verdad, pero es necesario para que la gente entienda por lo que una ha pasado: yo sólo quería ser como soy y lastimosamente nuestra sociedad no está preparada para eso. Cuando tenía todo el dinero necesario para

poder viajar, los boletos, todo, llamé a mi madre y le conté. Ni siquiera entonces pude verla.

Me fui solita al aeropuerto. Todo el mundo despidiéndose, dándose abrazos, besos, y yo allí, sin querer dejar mi país, mi familia, lo que uno tiene: su educación, su trabajo... Venía a oscuras, sin nadie conocido aquí y con el gran miedo a que me devolviesen. Cuando llegué al aeropuerto de París, la policía miraba el pasaporte y a mí; así una y otra vez. Venía vestida de chica y el pasaporte tiene foto y nombre de chico. A mi lado, una chica se desmayó cuando le denegaron el ingreso al país. A mí siguieron haciéndome preguntas hasta que me dejaron pasar.

Cuando llegué a Madrid me fui al hotel que tenía reservado. Desde allí llamé a unas conocidas de Honduras que se vinieron por el mismo problema. Me trajeron ropa de invierno –porque yo apenas traía nada– y me dijeron que acá no había trabajo para gente como nosotras, sólo la calle; que con lo bonita que yo me veía podía cobrar hasta 60 euros; que me ofrecían su casa para vivir porque aquí los alquileres estaban imposibles. Me sentía tan aturrida y devastada que no sabía qué decir, sólo quería vomitar.

Me quedé en el hotel y su recepcionista, una mujer muy agradable, me ayudó a buscar una pensión barata. Preguntando y preguntando llegué a la Oficina de Asilo y Refugio, a ‘Pradillo’, como se le conoce por el nombre de su calle. Éramos decenas de personas esperando en fila cuando abrieron y el policía nos dijo «Los que tengan cita» y todos les enseñaban su papel. Me acerqué para explicarle que iba a solicitar ayuda porque no tenía dónde dormir, cuando me interrumpió para decirme «Marque locutorio número 060 y ahí le dan las instrucciones». En mi país, ‘locutorio’ es un libro amarillo. Yo le miraba sin entender y él me repetía lo mismo gritándome. Estaba tan cansada que me eché a llorar en el suelo. Dos colombianas se acercaron a ver qué me ocurría: les conté todo, que no eran cuestiones que pudiera denunciar en mi país porque allá es tanta la violencia que la siguiente vez que me cogiesen, me iban a ir a pelar al río, porque eso es lo que hacen: cortarte en cuadraditos para desaparecerte. Les conté todo, desde el principio, como si verbalizándolo en voz alta me estuviese explicando también a mí qué hacía en este país, en esta ciudad, tirada en esa calle llorando.

Fíjate que allá sufrí también un secuestro, pero no para hacerme daño sino para satisfacer los deseos sexuales de un marero. Tuve que hacer cosas horribles, pero es que allá no necesitan esposarte ni llevarte a un lugar aislado para mantenerte presa. Basta con que te digan lo que te van a hacer si no cumples sus órdenes porque sabes que siempre cumplen sus amenazas. Y mirá que, si sus compañeros se hubiesen enterado de que estaba con una trans, lo hubiesen matado. El problema es que también me hubiesen matado a mí. Somos un país entero apresado por las maras.

Otra vez, iba con una amiga trans y unos policías empezaron a ligar con nosotras. Al principio nos divertíamos porque los chicos estaban bien, pero luego empezaron a abusar durante toda la noche, obligándonos a hacerles todo tipo de cochinas, mientras nos advertían todos los horrores que seguirían si decíamos algo. Todo es el maldito 'oír, ver y callar'. Esa fue la primera vez que sentí el abuso. Tenía 24 años.

Si las vidas de las mujeres valen poco allá, las mujeres trans no valem nada: nos matan como a moscas. A las que viven en la calle los mareros les obligan a trabajar como puntos móviles de venta de la droga. Y a la vez, les obligan a pagar la mitad de lo que ingresen como prostitutas para su protección. Y si no lo haces, te matan. Es siempre lo mismo: si no haces lo que te dicen, te matan. Incluso cuando la orden que tienes es que pagues por su protección. El resumen de nuestras vidas.

Debe ser por eso, por lo fácil que es la trama de esta guerra, que no consigo quitármela de la cabeza ni en sueños. Cada vez que hablo sobre lo vivido, vuelven a aparecer las sombras y los terrores nocturnos. Y durante el día, hay muchos en los que no me apetece seguir: estoy solita aquí, qué voy a hacer, para qué. A veces me visto de chica en la habitación del centro de refugiados en el que estoy, me hace sentir bien. Me gustaría ir siempre así, pero también acá es difícil, y aún no tengo fuerzas para hacer frente a toda esa acosadera de los que quieren 'enamorate' y de los que te insultan para machacarte.

En cualquier caso, he conseguido un trabajo como reponedora en un supermercado, lo que me ayuda a mantener la cabeza ocupada y sentirme útil. Me siento bien tratada y respetada por parte de mis jefes. He llegado hasta acá, no puedo volver, y milagrosamente estoy viva. ¿Cómo no voy a intentar estar mejor mañana? •



Criterios de la protección internacional: ¿dónde encaja la violencia de las maras?

Una persona tiene derecho a buscar protección en otro país cuando sus derechos fundamentales se encuentran amenazados por actos de persecución o violencia en sus países de origen. Convertirse en una persona refugiada, con protección internacional, es un derecho fundamental recogido en la Declaración Universal de Derechos Humanos, en la Convención de Ginebra de 1951, en la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea y en la Constitución Española, entre otros.

La Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, adoptada en Ginebra en 1951, garantiza este derecho a las personas que tengan fundados temores de ser perseguidas por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, y no quieran o no puedan acogerse a la protección de su país de origen.

Resulta evidente que las personas que huyen de El Salvador y Honduras por las maras no son protegidas por sus autoridades. El altísimo nivel de impunidad y la influencia que el crimen organizado ha conseguido tener en sectores de la policía, la política y el poder judicial ha supuesto que la mayoría de las personas hostigadas, extorsionadas o amenazadas por las maras ni siquiera denuncien.

Sin embargo, hasta ahora, las autoridades españolas identifican a las maras con la delincuencia común y descartan que la persecución que infligen contra la ciudadanía pueda encasillarse en las recogidas por la definición de refugiado contenida en la Convención. Además, alegan que los gobiernos centroamericanos han adoptado medidas para disminuir la violencia, un argumento con el que pretenden desmentir que las autoridades no quieran o puedan proteger a sus damnificados.

Un criterio contrario al de ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que identifica perfiles de personas que pueden necesitar protección internacional por mo-

tivos de su opinión política, pertenencia a un determinado grupo social o a otros de los motivos enumerados en la Convención de 1951. Uno de estos grupos sería las personas del colectivo LGTBIQ+ que, como Emily, son sistemáticamente perseguidas y asesinadas por las maras.

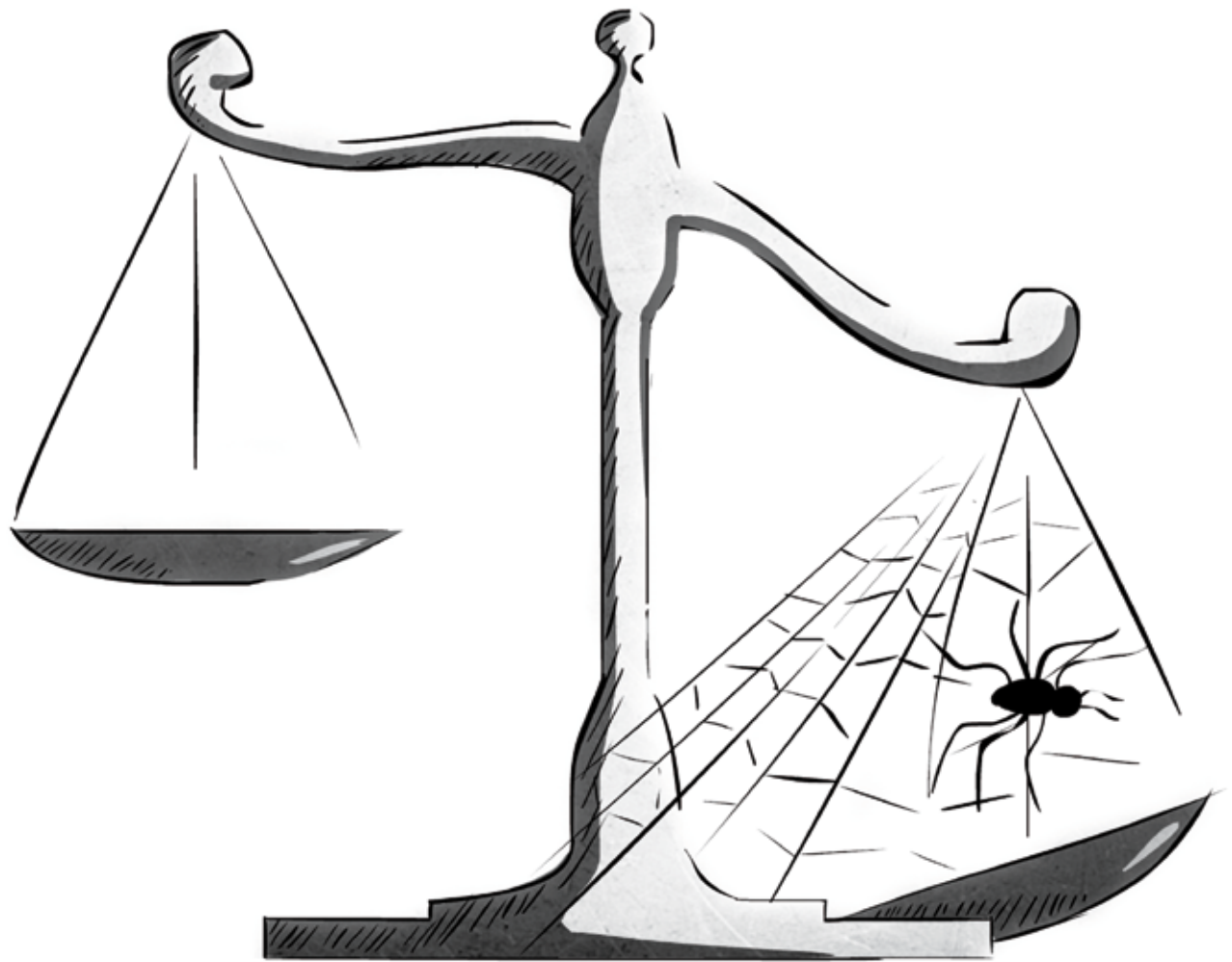
Afortunadamente, como explica la abogada de CEAR Madrid Inés Díez, la Audiencia Nacional ha dictado distintas sentencias desde 2017 en las que atiende a las directrices de ACNUR y reconoce que las víctimas de las maras tienen derecho a la protección internacional dado que la violencia que emplean es de tal magnitud que puede calificarse de conflicto interno y que sus Estados no tienen capacidad para garantizar la seguridad de su población.

CEAR considera, además, que las víctimas de maras son objeto de actos de persecución legalmente establecidos en la Ley 12/2009 reguladora del derecho de asilo, por ser suficientemente graves por su naturaleza o carácter reiterado como para constituir una violación grave de los derechos fundamentales, o bien una acumulación lo suficientemente grave de varias medidas, incluidas las violaciones de derechos humanos.

Sin embargo, como apunta Díez, «hasta el momento ha habido muy pocas resoluciones de expedientes de asilo de solicitantes centroamericanos y se suelen denegar».

Un agravante que se suma a la ya deficiente gestión de estas solicitudes de asilo: su resolución suele demorarse una media de dos años.

Díez explica que, en este periodo, estas personas «se quedan con la vida en el aire, con la espada de Damocles pendiendo sobre sus cabezas cada vez que van a renovar la tarjeta de solicitante, con la angustia de que se la retiren y quedarse en situación administrativa irregular». La esperanza es que la Oficina de Asilo y Refugio comience a aplicar la doctrina de la Audiencia Nacional •



Zayda y Carla

Allá y acá, sin justicia ni paz

Lo primero que me dijo el médico forense después de confirmarme lo que ya sabía –que estaba embarazada fruto de la violación que había ido a denunciar–, fue que recordase que no podía abortar porque está prohibido en Honduras y que, de hacerlo, sería condenada a prisión; que no podían tomar pruebas de ADN del feto hasta que naciese porque es muy caro y que, por tanto, hasta entonces no se podría iniciar la investigación contra los responsables. Un mes había pasado desde que aquellos dos delincuentes me asaltasen cuando recogía agua en el río. Me gritaban que les diese el dinero. Sabían que ayudaba a mis padres a gestionar proyectos de cooperación en mi comunidad nahua. Les contesté la verdad: que ese dinero no pasa por nuestras manos, que se envía de un banco a otro, de una cuenta a otra, y que nosotros sólo supervisamos los trabajos. Entonces me insultaron, me dijeron palabras que no puedo repetir, me golpearon hasta que uno me inmovilizó con un cuchillo en el cuello mientras el otro me violaba.

Sabía quiénes eran: un par de malhechores conocidos en la zona vinculados con la mara, por lo que decidí no denunciar ni contárselo a nadie en ese momento. Tenía dos hijos y mi esposo, militar, llevaba seis meses trabajando en otro departamento. Me habían amenazado con matarme si contaba lo sucedido. No quería ponerles en riesgo. Así que cuando se fueron, me levanté y vestí como pude, volví a casa herida y llorando. Mi madre estaba en una reunión en la capital con otros líderes y lideresas indígenas, pero mi papá sí me vio. Solo le conté que dos hombres me habían pegado. Pasaban los días y no conseguía encontrarme mejor, fui al centro de salud y encontraron que estaba embarazada. Fue entonces cuando denuncié, cuando me derivaron al Ministerio Público, cuando el médico forense me

advirtió de los siete cerrojos que se me impondrían de acabar con el embarazo no deseado.

No podía soportar la idea de gestar una criatura que no fue resultado del amor, ni siquiera de mi decisión, sino directamente de mi dolor. Fui a consultar a una abogada de derechos humanos que, además de advertirme de los riesgos que suponía abortar ilegalmente, me recordó que la única evidencia que tenía para seguir adelante con el juicio era el feto. No tenía alternativa porque no quería ir presa. Pensé en darlo en adopción cuando naciese, pospuse la primera visita al control prenatal hasta los cuatro meses porque rechazaba mi estado, y entonces me dijeron que era una niña. No sé por qué, pero salí de la clínica aún más destrozada de lo que ya lo estaba. Cuando llegué a casa, mi madre, que siempre me ha apoyado, me dijo que me acostase y descansase cuando vio que no podía ni hablar. Qué sencillo es arropar y cuidar, incluso sólo con las palabras que se eligen.

En cuanto los violadores se enteraron de que había denunciado, vinieron a amenazarme. Tuve que huir a Tegucigalpa, donde unos conocidos me dieron techo y trabajo cuidando del anciano de la familia. Cuando nació el bebé, las enfermeras me decían «dale un beso», «cógela». No podía, no le quería dar el pecho, no la amaba aún; pero me tocaba: la alimenté, la cuidé y, poco a poco, la empecé a amar. Volví donde mi mamá y mi papá, que se habían quedado al cuidado de mis dos hijos, y a los 34 días de parir tuve que dejarles también a la bebé para ponerme a trabajar como cajera en un restaurante. Ganaba menos del salario mínimo de Honduras: 5000 lempiras, unos 175 euros. Apenas nada, pero me ayudaba a alimentar a mis hijos. Seis meses después, los tipos seguían libres, amenazándome cuando nos

cruzábamos en la calle. Fui al Ministerio Público a preguntar por el caso y me salieron con que habían perdido el expediente. Volví a los 15 días y lo mismo. Era obvio que no pensaban mover un dedo por una mujer indígena y pobre, por lo que les dejé claro que conocía mis derechos y que, de no tomar medidas, iría a los medios de comunicación a explicar su connivencia con unos violadores. Rápidamente me asignaron un fiscal y fueron a hacer el levantamiento de hechos al río. Era enero de 2017, trece meses después de que me violasen. Lógicamente no quedaban evidencias.

Un mes más tarde, se celebró el juicio. A ellos les dictaron prisión preventiva y a mí simbólicamente también: el tribunal me recomendó que no saliese de casa en las siguientes semanas.

No podía ir a trabajar, por lo que nos sustentábamos de lo que nos enviaba mi esposo y del trabajo de mi hermana. Un día, los hermanos de los violadores la siguieron hasta que, en una esquina, la encañonaron. Le escupían preguntas –que dónde estábamos yo y la niña–, ultimátums –que a ella también la iban a matar si no colaboraba–, advertencias –que iban a desaparecerlos para eliminar la única prueba por la que les mantenían en prisión–. En aquel momento, aún no le habían tomado el ADN a mi hija. Ahora tiene más de tres años y siguen sin hacerlo. Mi hermana consiguió huir, y yo tuve que hacer lo mismo después de hablar con mi abogado y confirmarme que, pese a ser testigo protegido, no podían hacer nada por protegerme.

De nuevo en la capital, y tras mucho insistir, conseguí que el Ministerio Público me diese alojamiento en un albergue con mis hijos. A los tres meses se acabaron las ayudas, yo no encontré trabajo, y nos tuvimos que volver a mi departamento. Los hermanos de los malnacidos habían saqueado nuestra casa y seguían buscándonos, por lo que tuvimos que refugiarnos en otra comunidad de nuestro pueblo nahua, donde sabíamos que si nos faltaba de comer, nos ayudarían. Era noviembre de 2017. Seguía llamando periódicamente al Ministerio para saber si habían avanzado en mi caso hasta que me dijeron que sólo había dos fiscales para mi región, que se limitaban a investigar los asesinatos, pero que no me preocupase porque si los ponían en libertad me avisarían. Esa fue toda su respuesta. ¿Vos crees? Tres días después de mi última llamada, una conocida me contó que los había visto en nuestro pueblo. Di por sentado que se había confundido. Por prevención, llamé al Ministerio, donde

me aseguraron que seguían presos. Poco después, fui yo quien los vio desde un coche cuando íbamos a evaluar un proyecto. Ahí mismo volví a telefonar a Fiscalía: me negaban lo que estaba constatando con mis propios ojos. Escribí una carta quejándome por todo lo ocurrido, sin imaginarme la respuesta que iba a recibir: me llamaron por teléfono para decirme que los habían puesto en libertad porque yo mantenía una relación marital con uno de ellos; que además, como yo tenía dos hijos antes de la violación y era mayor de edad, la ley no me amparaba porque ya no era una señorita. Eso dijeron: «que ya no era una señorita». ¿De dónde sacaron que yo tenía una relación con uno de ellos? Y, sobre todo, ¿en qué ley está recogido que por ser mayor de edad me pueden violar, agredir y amenazar sin que la ley me proteja? Esa respuesta de un operador de la justicia fue la que me llenó definitivamente de rabia.

Esos malnacidos destruyeron mi casita, que no era un palacio, pero sí donde nacieron mis tatarabuelos y toda mi familia. Allá comíamos la fruta de los árboles y ahora no tengo los cinco lempiras que cuesta un mango. Tengo que pagar un alquiler mientras ellos, que fueron los que cometieron el delito, la pasan gozando en su casa. Soy yo la que tiene que andar buscando cómo pagar los pañales, la comida, el médico... ¡Y me vienen con que yo no era una señorita!

Al principio, mi marido nos siguió ayudando, aunque le costó mucho aceptar lo ocurrido. Pero luego se tuvo que exiliar a Estados Unidos por problemas con los narcotraficantes cuando trabajaba como militar –los del narco son los mismos, los mareros–. Allá se accidentó su pierna, por lo que ya no nos puede enviar dinero. Podríamos irnos con él, pero sólo nos dan asilo a mis hijos y a mí: no puedo dejar acá a mis padres. Tienen 84 y 74 años, mi hermana está enferma. ¿Quién les va a dar de comer?, ¿quién les va a cuidar? Eso no es dar protección internacional a la unidad familiar, como dicen. Acá eso no es la unidad familiar: eso es obligarte a elegir entre a quiénes salvaras y a quiénes abandonas a su suerte. No voy a abandonar a mis padres, así me maten esos criminales. Ni me voy a quedar en esta comunidad como una pedigüeña eterna: voy a volver a mi pueblo, voy a reconstruir mi casa, voy a recuperar mis árboles y mi vida. Y voy a llegar hasta donde tenga que llegar, así sea la última instancia judicial internacional, para que se haga justicia, para que le hagan la prueba de ADN a mi hija y se reconozca públicamente que me violaron, que tengo derecho a vivir segura

y en paz, a que mis hijos crezcan en libertad y sin temor a que mis agresores les hagan daño. Ya perdieron un curso escolar por andar huyendo de un lugar a otro, mientras los culpables siguen sin rendir cuentas por todo el dolor que nos han ocasionado.

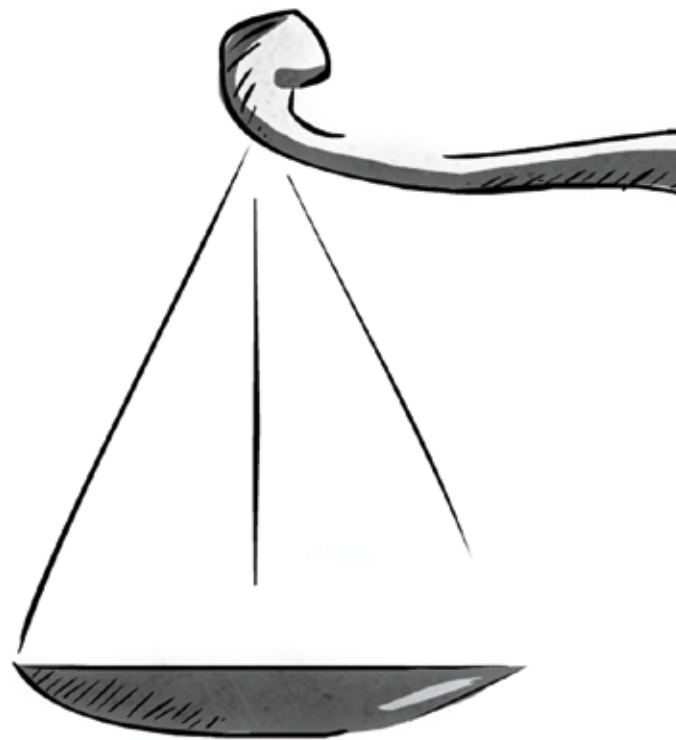
Nuestra Constitución reza que el Estado de Honduras es responsable de velar y cuidar la vida e integridad de cada uno de sus habitantes. Este país no para de retroceder porque se ahoga en la impunidad.

Cuando mi marido y yo pagamos la última extorsión, que ya ascendía a 50.000 lempiras (unos 1.800 euros), supimos que nunca nada les bastaría, que jamás nos iban a dejar en paz. Malvendimos los coches en un día, con lo recaudado compramos los pasajes para nuestros tres hijos y para nosotros, nos fuimos al hotel que hay junto al aeropuerto y allí pasamos dos días encerrados hasta que salió nuestro vuelo. No llamé a mi mamá para decirle que nos habíamos marchado hasta que aterrizamos acá. Mis hermanos tuvieron que exiliarse a otros países poco después y mi mamá se mudó donde su hermana. Me dice que no quiere morir sin volver a verme. Yo sé que ese deseo no se lo voy a poder cumplir.

Tras denegarnos el asilo, nos dieron 15 días para abandonar el país. Me volví loca, no sabíamos qué hacer, ni a quién acudir; sólo pensaba en que no podía permitir que mis hijos terminasen durmiendo en un banco en la calle, en qué habíamos hecho –más que trabajar toda la vida– para merecer todo esto. Sólo nos quedaba probar en otro país, así que volamos a Alemania. Allí viví cosas que no quisiera recordar. Cuando aterrizamos en Frankfurt un policía me llevó detrás de una cortina. Una mujer me ordenó quitarme toda la ropa, toda. No le bastó con mirar mis intimidades: metió su mano en mi parte de atrás por si llevaba algo ahí. Salí llorando. De ahí nos mandaron a un campo donde vivíamos miles de personas. No quiero recordar más.

Nos volvimos y ahora vivimos en un piso de una entidad aquí en España. Hasta que nos han concedido el asilo hemos vivido en un permanente estado de alerta por miedo a la deportación. Y esa sensación de estar siempre a punto de perder el techo bajo el que vivimos.

Nos sostienen los recuerdos, ¿sabe? Cuando el presente aún no te ha dado razones para creer en el futuro, sólo te queda el refugio



de la memoria. Me cuesta imaginar cómo resisten los que nunca conocieron tiempos buenos, tiempos mejores. Por eso visto a menudo esta camiseta, como si fuese una coraza que me protege al recordarme quién fui y quién puedo volver a ser cuando deje de tener forma de número, o cuando mi nombre recupere su lugar y sustituya al ‘una migrante’ o ‘una refugiada’. Yo era Carla, una mujer que trabajaba vendiendo lotería y que llegó a jugar en la Primera División de la liga hondureña de fútbol con el equipo que formó con sus sobrinas. Esta era nuestra equipación.

Mi hermano era jugador profesional y cuando se jubiló, nos entrenó a nosotras. Un año hasta ganamos la liga femenina nacional. Ahora, alguna noche voy al parque con mi hija de catorce años y peloteamos. Cuando una de las dos mete un gol a la otra, nos abrazamos y revivo aquella sensación tan hermosa de celebrar conjuntamente un logro que ha costado mucho esfuerzo. Ojalá, algún día, vuelva a vivir esa sensación en este país tras haber podido trabajar duro, contribuir, volver a ser yo •

Epílogo

Marfizmart es el nombre artístico de una joven escritora salvadoreña que llegó a España hace un par de años tras ser amenazada de muerte por las maras. En este texto describe una de las experiencias que más le han marcado para, a continuación, ponerse en la piel de otro de sus protagonistas: uno de los mareros responsables de que lo haya perdido todo. Todo, salvo su memoria, su talento para escribir y sus ganas de salir adelante.

Con este generoso ejercicio de empatía que nos regala Marfizmart cerramos este libro con el que queríamos invitarle a entender por qué las personas centroamericanas que llegan a España se ven forzadas a abandonar sus países. El escritor José Luis Sampedro solía decir: “Nunca me interesó juzgar, sólo quiero comprender”. Con ese espíritu hemos escrito este volumen en el que queríamos recoger la complejidad del fenómeno de las maras como quien construye un caleidoscopio: con testimonios que conversasen entre sí, enriqueciendo con varias miradas una misma vivencia o parecidas; con datos que explicasen un contexto tan convulso como extrapolable a otros territorios; y entrevistas a profesionales del Derecho y la Psicología que nos diesen claves a la ciudadanía para practicar una hospitalidad de calidad.

Hemos huido del maniqueísmo que divide el mundo entre buenas y malas personas y de los argumentos en blanco y negro. Recuperamos los grises y los matices para abrazar la complejidad porque, además de ser mucho más fiel y justa con los hechos descritos, nos obliga a pensar, el primer paso para caer por la suave pendiente de la empatía: la imprescindible capacidad de ponernos en el lugar de la otra persona.

Eso es lo que hace Marfizmart en su escrito. A ella y al resto de las personas que han compartido generosamente sus vivencias, análisis y sentimientos para este libro, gracias. No sólo tenéis derecho al refugio y a la protección internacional, sino que también sois muy bienvenidas. No lo dudéis •

El marero y yo

Ahondar en la memoria puede ser el sendero más inquietante, ahora lo veo. Hay palabras que no me atrevo a pronunciar por miedo a que revivan esos días y me obliguen a tener que volver a encauzar mis emociones. Lo más valioso que tengo ahora es mi paz y no quiero perderla. Quizá un día consiga que los recuerdos no me atren, como he logrado que perdonar, olvidar, superar, controlar vuelvan a ser palabras en las que creo.

Hace poco, de madrugada, un ruido en la calle, aquí en Madrid, me transportó a aquella tarde de abril en El Salvador.

Eran alrededor de las tres de la tarde, había ido a la tienda a comprar una bebida, estaban dos chicos hablando con la señora que atendía. Me dejaron paso para que entrase cuando, a unos cinco metros de nosotros, vi a dos hombres vestidos de negro. Me alerté demasiado tarde. La certeza de que iban a asaltarnos me invadió cuando uno de ellos ya estaba a un metro de mí. Sacó un revólver y, sin pensarlo, disparó al joven que estaba a mi lado. Descargó las seis balas en su cabeza y después hirió al otro. Recuerdo haberme lanzado a correr mientras escuchaba el cuarto disparo, esperando el mío por la espalda. Todo ocurrió tan rápido. La gente gritaba, me senté en el piso mientras esperaba el ardor que me

habían contado que se siente tras haber sido alcanzada por un proyectil. Las voces se escuchaban tan ajenas en ese momento, tanto como ahora que lo estoy reviviendo. Cuando mi pareja y su hermano me encontraron no sabían por qué estaba en shock, desconocían que acaba de ver trozos de cráneo volando por el aire. Cuando por fin volví en mí y me percaté de que estaba bien, que me habían llevado a casa, abracé a mi novia y al niño y caminé hacia la calle. Debía constatarlo, debía enseñarle a mi psique que había sido real y que el peligro había pasado. No era el primer cadáver que veía, pero era la segunda vez que la muerte me saludaba tan de cerca que parecía que quisiera reírse de mí. Las demás se había quedado a un par de metros, como respetando las distancias: hay una

gran diferencia entre ver la muerte a diez metros y a uno.

No era el muerto lo que me asustaba, era la rabia de verme envuelta en una situación que no había buscado; la impotencia de no poder decir nada a los que se suponía que debían hacer justicia. Cuando llegó la Policía, llamaron a nuestra puerta. Les dijimos que acabábamos de llegar, que no habíamos visto nada. En ese mundo, no estar, la ausencia, es la única forma de salvarte; y si alguna vez se te olvida, para eso está ahí el miedo, un miedo que, mezclado con el dolor, hicieron una fiesta en mi interior. La resaca de ese festín sigue dentro de mí hasta hoy.



Intento respirar profundo, ese hombre me salvó la vida, ¿qué pude haber hecho para que no le matasen? Mis compañeros de la mara creerán que lo vendí. Me siento perdido, estoy herido y sé que no puedo correr por ayuda así sin más. Quisiera que mi jefecita estuviera viva, mi abuela querida; no soy lo que esperó de mí, mi amá. No soy el abogado que soñó, pero dígame: ¿Qué le hizo creer que yo podría? Cuando usted murió, la que se dice ser mi madre no hizo nada de lo que usted le enseñó: tantos hombres, tantos tragos, el humo del cigarrillo que me despertó el interés porque se veía tan bien. Pero no me dijo lo que vendría después. Y si el 'homeboy', el líder de mi pandilla, no me salva, ¿dónde estaría yo ahora, amá? Aquí he tenido gloria y poder, me he hecho respetar; qué bueno que usted no vio cómo pasó, jefecita. Arde, quizá me estoy muriendo esta vez. No como aquel día que me tocaba morir. El día que fui salvado por mi familia, la clicca, la pandilla Keysa.

«Decime, ¿qué hiciste con el dinero? No me digas que lo perdiste, qué desgracia haberte tenido. Y todavía me jodés más la vida, todavía me perdés dinero, estúpido. No sos más que un inútil, ¡ándate! ¡Ándate y no regreses hasta que encuentrés el dinero!» Sus patadas en mis piernas, sus gritos, me duele la cabeza, tengo hambre, veo a muchos niños con sus madres sonriendo. ¿Qué sentirán? ¿Por qué ellos sí y yo no? ¿Por qué yo tengo que aguantar hambre y golpes y otros no? Más me vale regresar. Quizá, si espero que duerma, pueda entrar a casa a escondidas.

¿Qué diría Doña Marta si le agarro un pastel? No me lo va a querer regalar, mi madre le debe mucho, pero no aguanto más, quizá alcance a correr lo suficiente.

- Doña Marta, ¡después se lo pago!
- ¡Ya vas a ver, bicho mañoso!

Corro y corro. Un callejón, más vale que los de la MS-13 anden ocupados porque si me agarran pensarán mal, eso dice mi primo. Quisiera ser como él, todos le temen, mi tía jamás le pega porque también le tiene miedo. Cuando crezca quiero que me enseñe, ojalá supiera quién le entrenó para conseguir darse duro y ganar siempre. Apenas tengo nueve años, me faltan ocho para los quince; uno, dos, tres, cinco, seis, ocho, ¡así no es! No me acuerdo, no debí dejar la escuela. «Ey, ¡vos, bicho cerote!» Joder, corro y corro y me falta el aire, no se cansan, esa señora los mandó. «Que te pares ahí, sólo queremos que nos digas porque andás robando». Bueno, si les explico que no he comido desde ayer, quizás me perdonen: «Calavera, tenía hambre», «¡Ya no, por favor!» Sus golpes duelen más que los de mamá. «¡A mi suegra nadie le roba, pendejo!» Escucho pasos corriendo, ellos ya no están golpeándome, pero no puedo moverme. «Ven, tienes que salir de aquí, niño. Va a correr sangre, vete si no quieres morir». No sé quién es, no puedo verlo, me duele el rostro, me duele todo.

Desperté en un cuarto, ya de noche. «Cálmate, ya te vas a mover», me dijo el 'homeboy'. Te vamos a tener aquí. La Yolanda ya sabe que estás con nosotros, pero no le importó. Así que con esa vieja no te vas a volver. ¡Comé!»

Esa noche empecé a tener una familia, una familia por la que lo haría todo, mucho más de lo que ya he hecho.



CEA(R)

Comisión Española
de Ayuda al Refugiado



MINISTERIO
DE TRABAJO, MIGRACIONES
Y SEGURIDAD SOCIAL

SECRETARÍA DE ESTADO
DE MIGRACIONES

SECRETARÍA GENERAL
DE INMIGRACIÓN
Y EMIGRACIÓN

DIRECCIÓN GENERAL
DE INTEGRACIÓN
Y ATENCIÓN HUMANITARIA